Comedias

. LÓPEZ MARÍN *Caricatura de TOVAR*

ANTONIO F. LEPINA Mi cocinera

Cabecita de pájaro SINESIO DELGADO

50 CENTIMOS

NUM. 84 24 DE SEPTIEMBRE DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 ◐ MADRID ◐ Apartado 8.036

Editorial Siglo XX

HA PUESTO A LA VENTA

la obra de más éxito de Muñoz
Seca y Pérez Fernández

Los extremeños se tocan

— y —

la comedia en tres actos
original de Honorio Maura

Julieta compra un hijo

Precio: 5 ptas. ejemplar

Los pedidos a EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez S. Pedro, 26.—Apartado 8.036.—MADRID

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

MI COCINERA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS, DE TRISTÁN BERNARD

ADAPTACIÓN CASTELLANA

Estrenado en el teatro Infanta Isabel el 22 de marzo de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TOTO MALDONADO	Srta. Martí.
REGINA	» Vilar.
FELICIDAD QUINTANILLA	» Más.
EUFRASIA	Sra. Brú.
JULIA	» Garcés.
ANGELA	Srta. Santularia.
EVA	» Serrano.
AMELIA	Sra. Martínez.
ANTONIA	Srta. Martí (C.)
AUGUSTO	M. Cuenca.
QUINTANILLA	Sepúlveda
MALDONADO	Mora.
CARLOS	Valdivieso.
PEPE	Acebal.
GOMEZ	González.
LOPEZ	Olavide.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

611717

ACTO PRIMERO

Salita reducida en una casa muy moderna y no cara. Dos balcones al foro, dos puertas en la derecha y una en la izquierda. Todas son estrechitas, pintadas de blanco y con cristales prensados. Las paredes estarán pintadas o empapeladas en tono claro. Un radiador de calefacción con dos o tres elementos nada más. El mobiliario responde a la modernidad y baratura de la casa. Poquitos muebles, muy nuevecitos y de módico precio. Un armario o estante, que lo mismo puede servir de ropero que de librería, de madera esmaltada y alegres cretonas. Una mesita de roble, otra baja, de estilo chino. Unas butacas de pana y una gran «chalse-longue», con tapiz oriental y una piel de cabra caracterizada de pantera u oso. Varios cojines en el suelo y sobre los muebles. Lámpara de tul en el techo y otra en la mesa baja, dos o tres sillas. Luz del día.

Aparece en escena Augusto; viste traje corriente de calle y es un hombre que tiene o por lo menos parece tener unos treinta años. Se ocupa en arreglar la habitación quitando y poniendo cojines, cambiando de sitio la mesita pequeña y disponiendo con arte el tapiz y piel de la «chaise-longue». Se frota las manos con satisfacción y consulta el reloj con impaciencia. Dentro, con intervalos de medio minuto, durante el tiempo que Augusto emplea en arreglar y recrearse en la habitación, suenan tres disparos. Se procurará mucho que estas detonaciones se oigan bien desde la sala, pero no han de ser excesivamente ruidosas, a fin de no causar molestias ni fatiga al público. Suena un timbre dentro. Augusto da un salto. Muestra su zozobra. Rapidísimamente cambia la americana por un batín verdaderamente deslumbrante. Se apresura a encender una lamparilla de alcohol para los cigarrillos y a prender un bloque perfumador. Terminadas estas operaciones, espera mirando hacia la puerta de la izquierda, por la que aparece Carlos, muchacho joven, muy alegre, extremadamente simpático.

AUG. ¡Carlos!

CAR. *(Riéndose.)* ¡La caraba! ¡Lo menos te habías figurado que era ella!... Pronto te has puesto el indispensable batín y has quemado el obligado perfume... Vamos, se ve que tú estas cosas sólo las conoces por las comedias francesas o las has leído en una novela de Insúa.

AUG. Te había rogado encarecidamente que no vinieras...

CAR. Descuida, hombre, que no te estropearé la aventura. ¿A qué hora te ha dicho que va a venir?

AUG. A las cinco.

CAR. Son las cuatro y media. Te queda una hora de espera. Sí, una hora. A la primera cita acuden con media hora de retraso por lo menos. Luego, cuando estorban, se presentan dos horas antes de lo convenido. Modera tu impaciencia y enséñame la casa.

AUG. Otro día. No debías haberte presentado hoy.

CAR. Es demasiado pedir a un amigo. Pones casa, tu primera casa de soltero. No tienes la atención de consultarle a uno respecto a los muebles, al decorado, a los detalles. Hablas de una deliciosa aventura, describes a la dama de una forma que pone los dientes largos a un niño de pecho. Te niegas quijotescamente a decir quién es ella...

AUG. No lo sé, pero aunque lo supiera...

CAR. Pues chico, para guardar el incógnito, no tengas aventuras.

AUG. Ah, ¿es que te parece correcto que se vayan pregonando esas cosas?

CAR. Eres un pipiolo. ¿Quién te las va a creer si no?

AUG. A mí eso me tiene sin cuidado.

CAR. ¿De modo que a ti te sabe lo mismo un cigarro habano fumado en tu casa que en la tertulia de los amigos? *(Va a sentarse.)*

AUG. ¡No te sientes!

CAR. Si me voy en seguida. Media hora antes de que ella llegue.

AUG. Es que te ruego que no chafes los almohadones ni arrugues esto...

CAR. *(Riendo.)* Nada, que estás como chico con casa nueva. *(Se asoma al balcón por detrás de los cristales.)* Bonitas vistas. Aquello que se ve al fondo es el Retiro, ¿no? La plaza de toros nueva, las Ventas... Un poco lejos está esto, pero con el «Metro» y el 52... ¿Qué hay ahí enfrente?

AUG. Un tiro al blanco. Es el defecto que tiene la casa. Hasta que se habitúa uno pasa unos sustos...

CAR. Sí, cuando subía en el ascensor he oído varios disparos.

AUG. Tres. Esa es la ventaja. Conociendo la tarifa, tres tiros a las botellas, un real. La serie de diez, cuarenta céntimos, sabe uno el tiempo que ha de tener tapados los oídos y no se sobresalta. Lo horrible es los domingos...

CAR. Se supone. En domingo todo el mundo vendrá de tiros largos. ¿Quieres hacerme el favor de no mirar más el reloj? *(Saca el pañuelo, le extiende sobre el asiento de una butaca y se sienta en ella.)* ¡Mira que tú metido en aventuras galantes!

AUG. No veo el por qué de la extrañeza.

CAR. Pues porque tienes madera de soltero empedernido. A lo mejor, la que esperas...

AUG. Te suplico que no hagas suposiciones. No se trata de una aventura vulgar, sino de una mujer a la que puede comprometer la indiscreción de cualquier ganso.

CAR. Ganso que no se da por aludido y que no ahueca el ala. Chico, tú lo que debes hacer es casarte.

AUG. Jamás. Soltero nací y soltero he de morir.

CAR. ¡Bah! Hay por ahí muchachas que merecen la pena de rectificar y enamorarse.

AUG. De enamorarse, tal vez, de casarse, no. Además, yo no tengo posición...

CAR. Hombre, tu familia está bien, tú a lo mejor, el día menos pensado, terminas la carrera...

AUG. Eso es, y entonces, ¿qué hago?

CAR. Toma, pues si te casas, trabajar.

AUG. ¡Qué horror! Casarse y trabajar. Mientras siga soltero y estudiando, mis padres, mi tío Manuel, continuarán pasándome las mensualidades, pero el día que termine la carrera, como premio al esfuerzo, me dirán como a mi hermano Enrique. «Ya tienes un medio de vida. Ahora puedes valerte tú solo...» Y luego, a casarse, ¡cómo están hoy las mujeres y la vida!...

CAR. En eso puede que tengas razón. ¡Se ve tanto matrimonio mal avenido!

AUG. Pues mira, esos son los menos malos. Al menos resultan entretenidos. Pero los que salen bien, ¡qué horror! Primero se aburre uno y luego los dos.

CAR. Las mismas palabras de todos los solterones, pero ya verás como acabas casándote con una cocinera...

AUG. ¡Carlos!...

CAR. Con una cocinera, acuérdate de lo que te digo. Pero, oye, ¿sigues juzgando una indiscreción que te pregunte el nombre de la paloma?

AUG. Una indiscreción enorme, pero en este caso te repito que no sé cómo se llama.

CAR. Pero, ¿una señorita?...

AUG. Y a juzgar por todo lo que he observado, de la mejor sociedad.

CAR. No me cabe en la cabeza... Claro, que hoy las chicas están medio locas, pero vamos... ¿Dónde la has conocido?

AUG. En la calle. Una tarde que iba por el final de Diego de León vi una elegante señorita que se disponía a cambiar de rueda a un Citroën que ella misma conducía. No había nadie que la pudiera ayudar. Ella, muy decidida, se despojó del abrigo, sacó la caja de las herramientas y colocó el gato.

CAR. Tú, galante, te prestaste a ayudarla.

AUG. Naturalmente. Durante el tiempo que duró el trabajo tramamos conversación. Ella, más que agradecida, estaba encantada. Sin presunción, puedo asegurarte que me devoraba con los ojos. Como se dice vulgarmente, la había flechado.

CAR. ¿Qué te dijo?

AUG. Que le inflase las otras tres cámaras, que le repasara las tuercas... Se veía claramente que sólo buscaba pretextos para que la entrevista se prolongara.

CAR. ¿Y después os fuisteis de paseo en el coche por el campo?

AUG. Eso hubiera querido yo y eso propuse, pero ella se negó rotundamente, alegando que la podía ver su padre, alguna amiga, y apoderándose del volante metió el pie al acelerador, diciéndome que la esperaban para tomar el te y que ya nos veríamos... Durante varias tardes la busqué por Garibay, por el Palace, por el Henar...

CAR. ¿No se te ocurrió mirar el número de la matrícula del coche?

AUG. ¡Calla, hombre, esa fué mi torpeza! Porque a estas alturas, cuando va a venir, no sé aún quién es, ni donde vive, ni... si...

CAR. ¿Qué?

AUG. Verás. Nos hemos visto tres veces después. Su actitud es verdaderamente desconcertante. Ya te he dicho que me devora con los ojos, que parece pendiente de mis labios... En un momento llegué a propasarme autorizado por su tolerancia y la cité, convencido de que no era una señorita. Pero al día siguiente tuve que rectificar. Sin embargo, para no perder terreno, para no reconocer la plancha... o hacer una mayor, persistí en mi actitud de asedio.

CAR. ¿Y va a venir?

AUG. Sí. Aunque te soy franco. Temo que para salir del compromiso, para poder escaparse, me dijera: «el martes que viene, a las cinco, le visitaré a usted»; pero que no tuviera intención de venir, que se haya arrepentido.

CAR. Pronto hemos de verlo.

AUG. ¿Qué es eso de hemos? Tú lo que vas a hacer es marcharte.

CAR. Espera, hombre, que aun no te he dicho el objeto de mi visita.

AUG. ¡Ah! ¿Es que tiene otro objeto que la curiosidad?

CAR. Sí. Mi tío Manolo, el de Aranjuez, que como sabes anda muy metido en negocios, ha dado su nombre a una presa.

AUG. *(Asombrado.)* ¿Cómo? ¿A sus años?... ¿Y con una reclusa?

CAR. ¡No, hombre! A una presa del río que pasa por su finca. Ha constituído una Sociedad para explotar el salto de agua y ne-

cesita un administrador que le ayude y que vigile los gastos. No hacen falta conocimientos especiales y el sueldo será bueno, pero el trabajo, pesado, más que nada por tener que vivir en el campo, lejos de toda población... Hasta sin radiotelefonía, porque con el ruido del agua...

AUG. *(Impaciente.)* Se van las penas, pero tú...

CAR. Necesito encontrar a todo trance el hombre que le hace falta a mi tío.

AUG. ¡Qué servicial estás! Bien se conoce que vas a ser el heredero.

CAR. No es eso, Augusto. Es que mi tío me escribe esta pequeñez. *(Saca una carta y lee un párrafo.)* «Si no me encuentras un hombre inteligente y honrado que quiera encargarse de esto, vienes tú mismo»... ¿Te parece?

AUG. Pues busca un hombre. Sal por ahí con un farol como Diógenes, pero sal...

CAR. ¡Qué pesado eres! Ya me voy. Pero tienes que darme palabra de que buscarás el empleado que mi tío necesita. Yo no conozco a nadie que me inspire confianza. Bien es verdad que ¿a quién voy a hablar yo de agua en Maxim's o en Pidoux?

AUG. Te prometo ocuparme de ello.

CAR. Si le encuentras avísame por teléfono.

AUG. Bien.

CAR. *(Yendo hacia la puerta de la izquierda.)* Ya sabes, un muchacho decidido y enérgico. Sobre todo, enérgico. En un salto de agua, según me dice mi tío, lo principal es la energía... *(Timbre dentro.)*

AUG. ¿Ves? ¡Ya está ahí! *(Se asoma a la puerta de la izquierda.)* Amelia, abra usted. Será una señorita. Pásela al comedor, cierre la puerta y avíseme.

CAR. Eres de una discreción admirable.

AUG. Siento no poder decir lo mismo. *(Escucha imponiendo al mismo tiempo silencio a Carlos.)* Ahora te marchas y cuidado...

CAR. ¿Te acordarás de mi encargo?

AUG. ¿De qué encargo?

CAR. ¡Hombre! Ya sabes. El salto, el salto de mi tío.

AUG. No se me olvida, descuida. No se me olvida. *(Le empuja hacia la puerta; en ella ha aparecido Amelia, la criada, mujer madura que hace a Augusto una señal de inteligencia.)* Di al señor de Aranjuez que me ocuparé de ello.

CAR. Bueno, ya me contarás. *(Mutis por la izquierda. En cuanto desaparece Carlos, Augusto se dirige a la primera derecha, pasa al interior y dice dentro.)*

AUG. Pase usted aquí. *(Sale dejando paso a Totó. Esta es una muchacha joven, muy del día, viste elegantemente, rindiendo culto a la moda más exagerada.)*

TOTO. Es un momento nada más. *(Se muestra azoradísima.)*

AUG. *(Intenta apoderarse de su mano y abrazarla.)* ¡Qué impaciencia tenía!

TOTO. *(Retrocediendo y poniéndose francamente a la defensiva.)* ¡Haga usted el favor!

AUG. Pero, Totó...

TOTO. Esto que hago es una locura y necesito tener una explicación con usted, Augusto... *(Se retira.)*

AUG. *(Persuasivo, acercándose.)* Las locuras que hacemos por un impulso de nuestro corazón no deben explicarse. Si quisiéramos justificar la razón de nuestras sinrazones, ¡de qué pocas felicidades disfrutaríamos!... Pero siéntese aquí.

TOTO. No, no... *(Azorada, nerviosa.)*

AUG. ¿Vamos a permanecer de pie?

TOTO. Sólo voy a estar un momento... *(Se sienta en una silla y mira con recelo a su alrededor.)*

AUG. *(Sonriendo.)* Bien. *(Se sienta cerca de ella.)* Tranquilícese.

TOTO. Es preciso que hablemos muy seriamente.

AUG. Con toda la seriedad que usted quiera.

TOTO. ¿Qué idea tiene usted de mí? ¿Qué concepto le merezco? ¿Qué clase de mujer ha creído usted que soy?

AUG. Una mujer muy bonita, adorable, que está en mi casa y en una hermosa tarde otoñal, para que nada falte a la poesía.

TOTO. No le pregunto eso. Tengo la seguridad de que usted cree que yo soy una muchacha de conducta dudosa que se ha prendado de sus encantos personales y que viene a dar comienzo a una aventura galante.

AUG. Le aseguro a usted Totó que yo...

TOTO. Eso es lo que seguramente piensa usted y yo nada puedo alegar en contra. Mi conducta no merece otras suposiciones.

AUG. ¿Me deja usted hablar? Pues bien, sinceramente, no sé quién es usted, ni me he preocupado de averiguarlo. No me lo diga. Dejemos entre nosotros este misterio el mayor tiempo posible y en tanto seamos felices. Forjémonos cada cual la ilusión que le apetezca... ¿Qué mayor encanto que esta ignorancia? *(Se aproxima a ella.)*

TOTO. *(Retirándose vivamente.)* ¡No, no! Tengo que sacarle de su error. Es preciso que me justifique. Que le explique... No puede continuar por más tiempo este equívoco bochornoso para mí, Augusto... Yo soy una muchacha a la que hasta hoy nadie puede tildar por ningún concepto... ¿Quiere usted oírme como un amigo?

AUG. *(Desconcertado.)* Hable usted.

TOTO. Soy hija única de un caballero que ocupa una posición brillante y tiene un nombre prestigioso. Por condescendencia de él, que no puede atenderme, y por imposiciones mías, deseosa de imitar a mis amigas, gozo de una libertad que hasta hoy me había parecido ideal y que, ahora, por propio convencimiento, juzgo exagerada. Me escucha usted con verdadero asombro...

AUG. No... Sí, lo confieso. Continúe.

TOTO. En mi vida hay un recuerdo muy triste y muy profundo. Yo he tenido un novio al que quise con locura, lo confieso. Íbamos a casarnos, cuando me abandonó...

AUG. ¡Qué canalla!

TOTO. Después de aquel desengaño, no he vuelto a hacer caso a ningún hombre.

AUG. ¿Cuántos años hace de eso?

TOTO. Mes y medio... No le ocultaré a usted que poco antes le había dado calabazas yo, pero nadie lo sabía aún, y mis amigas me compadecieron de tal modo, que sin saber cómo, volví a sentir que estaba muy enamorada de él. Me convencí tristemente de que aquel sería mi primero y único amor. Por eso estoy aquí.

AUG. ¿Sí?... Pues no comprendo...

TOTO. Hay una razón que me reservo. ¿Me lo permite? No le interesa ni tiene nada que ver con lo que le estoy explicando.

AUG. Si es así, disimularé mi curiosidad.

TOTO. Cuando hace dos semanas nos encontramos de un modo tan original, me fué usted extremadamente simpático. La causa que me callo influyó en ello, y por eso, con el pretexto de las cámaras, procuré retenerle...

AUG. Y yo ser retenido.

TOTO. Cuando por fin comprendí que llevábamos demasiado tiempo de conversación y que usted se iba olvidando de que estaba ante una señorita, decidí escapar, pero al mismo tiempo que trepidaba el motor, al cambiar la velocidad, palpitaba mi corazón y pensé, ¡qué lástima!

AUG. Muchas gracias, adorable Totó.

TOTO. Pero me horrorizaba la idea de que después de aquel juramento me vieran con novio mis amigas...

AUG. Una exquisita delicadeza.

TOTO. Tanto temía eso, como deseaba volver a encontrarle. Tan pronto decía: «¡Qué estúpido de hombre, que no me busca!», como huía de usted. Una tarde, en el Palace, bailando, le vi entrar y me escabullí.

AUG. Es usted deliciosa, Totó.

TOTO. Hasta que por fin nos tropezamos... Usted, en el principio de este equívoco, que soy la primera en disculpar, me galanteó de un modo que yo no había oído nunca... ¿Qué hacer?

La curiosidad, lo original de la aventura, me hizo callar. Al mismo tiempo, de este modo podía oírle..., ser su amigo, sin faltar a mis juramentos, sin merecer la murmuración de mis amigas.

AUG. Exacto, exacto. Hizo usted muy bien.

TOTO. Hice muy mal, porque usted, creyéndome otra cosa, tuvo el atrevimiento de proponerme que viniera a su casa.

AUG. Error del que estoy arrepentidísimo.

TOTO. Y asediándome, amenazándome con acompañarme, y, por lo tanto, descubrir quién era, comprometiéndome en sitio público, me impuso esta cita. Sí, señor, me la exigió usted de un modo muy poco correcto.

AUG. Pues la pido perdón por la incorrección y me felicito porque esté aquí.

TOTO. Por muy poco tiempo, y por única vez. Sólo he venido para restablecer la verdad. Para que no se manche mi reputación.

AUG. Ha hecho usted muy bien.

TOTO. No vuelva usted a verme. No me busque. Si algún día mi corazón reacciona, admitiré un flirt... Seremos novios, si usted se empeña. Pero por ahora, no. De ningún modo.

AUG. ¿Ni eso me va usted a conceder?

TOTO. ¿Ni eso?... Claro, sí. Usted esperaba... Ya se enterará usted de quien soy y sabrá que no le he mentido. Pero no saldré de aquí sin que me dé su palabra de caballero de que nadie, nadie, conocerá esta ligereza... de la que usted tiene tanta culpa como yo, reconózcalo....

AUG. Descuide. Pero, siéntese. Hablemos un momento... como amigos. Sin que comience aún el flirt que me promete.

TOTO. No, no....

AUG. Permítame que la ofrezca una taza de te, unas pastas, una copa de Oporto...

TOTO. Vamos, ya que había usted hecho el gasto, no quiero que se desperdicie... ¡Hijo, qué bien había preparado usted las cosas!... Me conformo con una pasta. (*Augusto se apresura a sacar del estante una botella, unas copas y una bandejita con pastas. Totó, al verle, rompe a reir.*)

AUG. ¿Por qué se ríe usted?

TOTO. Por lo bien preparadito de todo. Las pastas y los vinos en un armario, para no tener que llamar a nadie. ¡Lo mismo que en las comedias!

AUG. ¡Milagro que no ha dicho usted también que en las novelas de Insúa!

TOTO. O en las de Paul Marguerite. (*Ríe.*)

AUG. Vamos, veo que se está usted divirtiendo mucho con mi plancha.

TOTO. ¿Con su plancha? *(Con intención.)* ¿Pero ha hecho usted alguna plancha?

AUG. No..., pero iba a hacerla.

TOTO. Sin duda, porque usted me dijo que me recibiría en su casa como a una amiga, como a una señorita, que nada podría temer... y estoy viendo que voy a tener que arrepentirme de mi complacencia... o de mi peligrosa curiosidad.

AUG. Descuide usted...

TOTO. ¿Usted no toma? No me haga recelar que tienen un narcótico... *(Ríe. Augusto toma una pasta y bebe de un golpe una copa de vino.)* Así. Ya estoy tranquila... Un favor. ¿Quiere usted ponerse el sombrero?

AUG. ¿Qué nueva burla persigue usted?

TOTO. Le aseguro que ninguno. Es un capricho. Me molesta verle ese peinado. El sombrero le hace a usted otra cara, y como siempre le he visto con él... Si acepto el flirt es a condición de que se deje crecer más el pelo y se peine con raya...

AUG. *(Poniéndose un sombrero.)* ¿Estoy ya a su gusto?

TOTO. Sí... Eso es... Muchas gracias. ¿Se va a enojar por caprichos tan inocentes?

AUG. Si realmente es un capricho...

TOTO. ¡No! No se quite el sombrero.

AUG. ¡Vaya por Dios!

TOTO. También quisiera decirle que me gustaría usted más sin bigote...

AUG. Pero si apenas llevo...

TOTO. Pues le desfigura la cara. Parece usted otro...

AUG. Pues mañana me afeitaré. Con tal de gustarle a usted, me quito el bigote y hasta el nombre.

TOTO. No. Augusto es bonito.

AUG. ¿Otra pasta..., una copita?

TOTO. No. He aceptado por complacerle. Ahora, aclarada nuestra situación, permítame que me retire. Estoy intranquilísima.

AUG. Señorita, está usted en casa de un caballero...

TOTO. Del que no se puede una fiar mucho, aunque la sorpresa le tenga cohibido por el momento. Pero no es eso. Estoy intranquila por mi padre.

AUG. ¿Cómo?

TOTO. Temo que sospeche algo. El, que de ordinario habla muy poco, continúa sin despegar los labios, pero si viera usted... Tiene ahora una manera tan misteriosa de callar...

AUG. ¡Bah! Si no es más que eso...

TOTO. Hoy, después de almorzar, me ha preguntado: «Qué, vas a salir?...» de una manera muy extraña.

AUG. ¿Nunca la pregunta a usted si va a salir?

TOTO. Sí, todos los días.

AUG. Entonces...

TOTO. Pero de otra manera... No sé.

AUG. Eso no quiere decir nada. Como no tenga usted otras razones... (*Se quita el sombrero.*)

TOTO. (*Levantándose.*) No, pero cuando yo tengo un presentimiento...

AUG. ¿Se realiza?

TOTO. No. No se realiza nunca, pero es preciso que yo crea que se va a realizar..., por que si no no se realiza.

AUG. Ahuyente usted esas ideas y comencemos nuestro flirt...

TOTO. Al salir de casa me ha parecido ver que un hombre me espiaba y al entrar he visto en la calle otro sospechoso que me miraba con mucha atención.

AUG. Concluirá usted por impresionarme. Vamos, cálmese... Pongámonos en el peor de los casos. Aunque su padre viniera, aquí no hay peligro.

TOTO. Usted no le conoce... ¡Oh, papá en un caso así...!

AUG. No hay peligro, porque no tiene usted mas que atravesar esa habitación, el comedor donde ha estado y salir por la puerta de enfrente al pasillo que da a la cocina. Esta tiene una puerta que da a la escalera de servicio... ¿No se ríe usted pensando que todo está estudiado como en las comedias por si se presenta el marido feroz?...

TOTO. No, no estoy ahora para reírme. Siga usted.

AUG. La casualidad nos favorece. En el piso de arriba están aún los pintores. Puede usted subir, entretenerse viendo el cuarto y cuando haya pasado el peligro yo la aviso... ¿Está usted ya tranquila?

TOTO. Sí... Completamente.

AUG. Entonces, siéntese de nuevo y charlemos. (*Timbre dentro; larga llamada.*)

TOTO. ¡Ay! ¡Ahí está!

AUG. (*Muy agitado.*) Vamos, calma, calma... No tenga usted miedo. Con el piso de arriba, aunque registre la casa... (*Más intranquilo.*) Por ahí... Ya sabe... a la cocina... Si no es él, yo le avisaré... (*Empuja a Totó hacia la derecha; ella se va apresuradamente. Se abre violentamente la puerta de la izquierda y entra rojo de ira el coronel Quintanilla. Viste de paisano.*)

QUINT. ¡Mi hija está aquí, caballero! ¡Mi hija está aquí y es inútil que usted lo niegue!... ¡Ah, vil seductor, mal caballero! Va usted a saber lo que le cuesta el pretender manchar la honra de un padre... Ahora mismo voy a matarle como a un perro... (*Augusto, tras el primer momento de miedo, adopta un aire digno. Quintanilla le mira un instante severamente y después sonríe.*)

AUG. Caballero...

QUINT. (*En tono completamente distinto.*) Esto hubiera dicho un padre del siglo pasado. Ahora es otra cosa. Las costumbres cambian; los hombres se hacen más razonables y más prácticos y yo me contento con decirle: «¡Señor mío, va usted a casarse con mi hija! ¡Silencio! Nada de evasivas. Va usted a casarse con mi hija.»

AUG. Me permitirá usted que le explique...

QUINT. Nada en absoluto. Sabía que mi hija coqueteaba a pesar de parecer en casa una mosquita muerta y una futura canonizable. La he hecho espiar por una agencia de informaciones y acabo de recibir un aviso telefónico de que está aquí desde hace tres cuartos de hora, después de haber dado en estos días sospechosos paseos con usted.

AUG. Le ruego que me permita...

QUINT. (*Sin dejarlo hablar.*) Esto me prueba que se quieren ustedes y que conviene casarlos cuanto antes para evitar cualquier peligro. Yo sólo deseo la felicidad de mi hija... y la mía. Sepa usted, debo confesárselo, que no sólo me guía el propósito de casar a mi hija, sino de casarme yo. Mi felicidad depende de la suya. Con permiso, voy a sentarme.

AUG. Iba a rogárselo. (*Se sienta.*)

QUINT. Le explicaré en dos palabras por qué deseo casar cuanto antes a mi hija. Yo, como usted puede ver, soy un hombre joven. Estoy en la juventud de la madurez. No soy feo, me parece; soy viudo y hablando sinceramente, quiero dejar de serlo. Conozco a una mujer que llena todas mis aspiraciones, que armoniza conmigo. Una mujer como yo, joven, bien parecida y elegante. Su posición no es desahogada como la mía. Se dedica al arte culinario en mi casa. Pero, ¡oh!, no crea usted que se trata de una cocinera vulgar. Es una verdadera señora que ocupaba hasta hace poco una posición brillantísima. La guerra, que enriqueció a tantos, a ella la arruinó, y la pobre se ve obligada a desempeñar un cargo inferior a sus merecimientos. Yo quiero redimirla. Quiero ofrecerla mi nombre y mi fortuna, pero ante todo soy un padre cariñoso y no puedo consentir que mi hija, que hoy tiene autoridad para reñir a mi futura si las patatas salen poco fritas o la carne achicharrada, el día de mañana sea reprendida por ella si ha dado un paseo demasiado largo o lleva una falda demasiado corta. ¿No le parece justo?

AUG. Justísimo. Yo no puedo ocultarle que su proposición me ha cogido un poco de improviso. Ha precipitado usted los acontecimientos de un modo...

QUINT. Usted es quien los ha precipitado trayendo a mi hija a su propia casa. ¿Pueden estar más adelantadas unas relaciones?

AUG. Ha habido mucho de casual... Ya ve, a estas alturas

aún no sé ni cómo se apellida su hija ni tengo ningún antecedente de usted...

QUINT. Sí que es raro. Soy el coronel Quintanilla. (*Se levanta.*) El coronel Quintanilla. (*Vuelve a sentarse.*)

AUG. Pues bien, cuando hace tres semanas encontré a la señorita Quintanilla, casualmente estaba muy lejos de suponer que su existencia iba a unirse a la mía. Todo ello no tiene importancia, lo sé, ante el hecho de que se encuentre en mi casa. Comprendo que la he comprometido y que mi deber de caballero me impone una reparación. Además, como es usted su padre, como la ha sorprendido en mi casa y tiene usted derecho a proceder con ella y conmigo en otra forma, no puedo menos de agradecerle la actitud amistosa que ha adoptado desde el primer momento.

QUINT. Muy bien, joven, muy bien. Otro asunto. No me ha parecido delicado hablar de intereses hasta tener resuelta la cuestión sentimental. (*Augusto trata de hablar y Quintanilla le detiene con el gesto.*) Mi hija heredó de su madre tres millones de pesetas.

AUG. (*Muy digno.*) Basta, caballero. Eso no me interesa. Ventilamos aquí una cuestión de honor y de sentimientos y el dinero nada tiene que ver en ella. (*Quintanilla le contempla asombrado.*) Yo soy un romántico. (*Transición brusca, imitando la de Quintanilla.*) Esto hubiera dicho un joven del siglo pasado... y al fin hubiera terminado por aceptar, después de resistir un rato. Yo pertenezco a una generación más franca, que aborrece esas hipocresías. Por eso le digo con toda sinceridad que mi posición es modesta y que celebro que su hija cuente con recursos que me ayuden a sostenerla en el tren de vida a que debe estar acostumbrada.

QUINT. Muy bien, muy bien. Todo va muy bien.

AUG. Yo tendré una inmensa satisfacción en hacer feliz a su hija. Nada le faltará. Un Citroën me parece muy poco. Tendrá un Buick seis cilindros para ella y para los dos un gran limousine Rolls. Mire. (*Toma un folleto.*) El último catálogo de coches americano. (*Se detiene.*) Pero ahora recuerdo que su hija estará muy inquieta.

QUINT. Es verdad.

AUG. Pobrecilla. Si viera usted cómo había adivinado sus sospechas...

QUINT. ¿Sí?... Pues lo disimulaba muy bien. ¿Cree usted que estará muy intranquila?

AUG. Mucho. Hace un momento tenía un miedo, una excitación nerviosa terribles. (*Se oye un tiro.*)

QUINT. (*Se levanta aterrado.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Ella!

AUG. No se asuste; es un tiro al blanco.

QUINT. ¿Un tiro al blanco?

AUG. Sí. En el solar de enfrente. (*Tiro.*)

QUINT. ¡Bonita vecindad! ¿Y no dan ustedes una queja? *(Otro tiro.)* ¡Oh! *(Tiro.)* ¡Jesús!

AUG. Un poco de paciencia. Debe ser una serie. Tres tiros o diez. No hay término medio... *(Escuchan.)* Pues sí le hay... Es posible que en vez de dar a las botellas haya dado al encargado... Podemos continuar hablando.

QUINT. Es preciso que mi hija no sepa nada de esto hasta que yo resuelva. Necesito antes consultarlo con Regina.

AUG. ¿Regina?

QUINT. Regina es la dama que espera en la cocina de mi casa el momento de pasar al salón.

AUG. ¿Y qué voy a decir a su hija?

QUINT. Cualquier cosa. Que era una visita vulgar. Un amigo, un acreedor.

AUG. Está bien. No sabrá que ha estado usted aquí.

QUINT. ¿Palabra de honor? *(Muy, solemne.)*

AUG. Palabra de honor.

QUINT. Pero es preciso que continuemos en seguida esta conversación. He de hablarle de los tres millones de pesetas de mi difunta esposa...

AUG. Esas son pequeñeces... Ya hablaremos dentro de algún tiempo....

QUINT. ¿Quiere hacerme el favor de venir a mi casa dentro de dos horas?

AUG. Perfectamente. Pero le advierto que no sé donde viven ustedes.

QUINT. ¡Qué novios los de hoy! No saben ni dónde vive la novia ni cómo se apellida.

AUG. No me ha dejado usted explicarle...

QUINT. Luego, luego. Apunte: «Coronel Quintanilla. Villalar, 115».

AUG. No se me olvida. *(Va a alargarle la mano, pero se detiene.)*

QUINT. No; ya nos estrecharemos la mano cuando hablemos de la cuestión de intereses y la boda esté acordada en firme. Ahora sería incorrecto. Me voy muy satisfecho. Me ha sido usted muy simpático. Ya sabe, dentro de dos horas, en casa. *(Vase por la izquierda.)*

AUG. Por aquí. *(Sale con él y vuelve en seguida. Aparte.)* (Coronel Quintanilla, Villalar, 115. No me ha dicho el piso. Totó me lo dirá. ¡Qué intranquila estará la pobre arriba!) *(Vase por la derecha. Apenas ha desaparecido Augusto, se oye un violento timbrazo, y a poco la criada introduce en la salita a Gómez y a López.)*

GOM. *(A la criada.)* Bien; esperaremos. *(Vase la criada.)* He querido que subas conmigo para que te des cuenta de tu tremenda

pifia. ¡Es increíble! (*Contemplándole.*) ¡Oh! ¿Cómo he podido tomar a mi servicio tan tremenda acémila? Con lo que ahorro explotando durante diez años los melodramas policíacos fundo una Agencia secreta de información. Me gasto el dinero, porque una agencia secreta se acredita a fuerza de publicidad, comienzo a tener clientes, llega un señor y me encarga la vigilancia de su hija como complemento a otros servicios prestados. Te encomiendo el asunto, la esperas y sigues a otra que vive en la misma casa.

LOP. Una confusión la tiene cualquiera...

GOM. Cualquiera que se dedique a otra cosa. ¡Y que te has contentado con eso! Se conoce que has dicho, el que la sigue la mata, y en cuanto la has visto entrar aquí te has apresurado a telefonear a su padre, diciéndole que su hija está en casa de un hombre soltero.

LOP. Pero también le he telefoneado a usted.

GOM. Para que venga a recibir las bofetadas. Porque figúrate la que se habrá armado cuando el coronel Quintanilla haya visto que la que estaba aquí no era su hija.

LOP. Tal vez no haya venido aún....

GOM. ¿No la has visto entrar tú mismo?

LOP. Es verdad. Ya no sé lo que me digo.

GOM. ¿Quién va a encargarme más asuntos después de esto?

LOP. No se sabrá.

GOM. Estas cosas se saben siempre. Y luego nuestra responsabilidad por lo que haya ocurrido o pueda ocurrir. Tú eres responsable de todo. ¡Ay! (*Suena un tiro.*) ¡Hemos llegado tarde! ¡La ha matado!

LOP. Pero si no era su hija...

GOM. La ira ciega, trastorna... Recuerda lo que hace aquel indio de mi drama «La hiena y la cobra». (*Otro tiro.*) ¡Ay, Dios, ahora ha matado al seductor! (*Cae abrumado sobre una butaca. Tiro.*) ¡Ahora se ha matado él!... ¡Qué final para un segundo acto!

LOP. Pero, ¿cómo sabe usted todo eso?

GOM. Está bien claro. Es preciso ser tan bruto como tú para no comprenderlo. ¡Es horrible! Huyamos antes de que nos hagan responsables. (*Se disponen a salir por la izquierda, cuando aparece Amelia.*)

AMEL. No se vayan ustedes. El señorito viene en seguida... Está arriba.

LOP. Que nos espere.

GOM. (*Haciendo mutis.*) Que allí nos espere muchos años. (*Amelia, muy extrañada, se va tras ellos.*)

TOTO. (*Por primera derecha con Augusto.*) ¿Quién era entonces?

AUG. Nada, nada. Una falsa alarma.

TOTO. Hable, hombre. ¿A qué ese misterio?

AUG. Porque no es una cosa para dicha en la escalera.

TOTO. Pero ya no estamos en la escalera.

AUG. Pues bien: ha estado aquí su padre.

TOTO. ¡Dios mío!

AUG. Pero usted no lo sabe.

TOTO. ¿Cómo que no lo sé?

AUG. No. Le he dado mi palabra de honor de que usted no sabría nada, y yo soy un caballero.

TOTO. Pero va usted a decírmelo todo en seguida.

AUG. Claro está, pero antes ha de jurarme que jamás sabrá él que yo se lo he dicho.

TOTO. ¿No cree usted en mi discreción?

AUG. Sí; tanto como en la mía. *(Se detiene.)* Es decir, más que en la mía. Pero no basta. Mi honor está en juego y es preciso que jure usted por algo muy serio.

TOTO. Pues por jurado. Hable usted. ¿Qué ha hecho mi padre?

AUG. Exigirme que nos casemos en seguida.

TOTO. ¿Que nos...? ¡Ay, Dios mío!

AUG. Parece que no la satisface a usted mucho la idea.

TOTO. Sí, sí; pero la sorpresa... Claro, es natural... Es lógico... ¡Ay, qué locura tan grande he hecho!

AUG. Totó, la verdad..., yo creí que iba usted a recibir la noticia de otra manera...

TOTO. ¿Cómo quiere usted que la reciba?... En fin, ya me iré haciendo a la idea...

AUG. Sí... Ya nos iremos haciendo a la idea. *(Pausa.)*

TOTO. Lo que no comprendo es cómo ha podido enterarse mi padre...

AUG. La hacía vigilar...

TOTO. *(Se levanta indignada.)* ¿Que me hacía vigilar? ¡Qué indignidad! ¡Qué afrenta!... ¿Es que me creía capaz de hacer algo que no debiera?

AUG. No se indigne usted... No era por eso.

TOTO. ¿No? Pues no comprendo.

AUG. Muy sencillo. Su papá tiene motivos especiales para desear que usted se case pronto. La hacía seguir para tener noticia de sus pretendientes y preparar tal vez esta encerrona.

TOTO. ¿Cómo?

AUG. Perdone usted... No, no he querido decir eso; usted era ajena, bien lo veo; pero él ha visto el cielo abierto...

TOTO. No sé lo que me dice usted... ¿Qué motivos puede tener mi padre?

AUG. ¿No los ha sospechado usted nunca? Su papá está enamorado.

TOTO. ¿Que mi padre...? ¡No!

AUG. El mismo me lo ha declarado.

TOTO. ¡No es posible!... Pero ¿de quién?

AUG. De una mujer que vive bajo su mismo techo.

TOTO. ¿En nuestra casa?

AUG. Que está a su servicio...

TOTO. ¿Una criada?... Vamos, que no es posible.

AUG. Le aseguro que es exacto.

TOTO. No, no... Papá, tan serio, tan austero... ¿Será Angela?

AUG. ¿Quién es Angela?

TOTO. Mi doncella. No puede ser otra.

AUG. No. No es la doncella. Es la cocinera.

TOTO. ¿La cocinera? *(Rompe a reir.)* ¡Si usted la viese comprendería lo absurdo de sus suposiciones! ¡Qué horror!

AUG. Ya que no quiere usted creerme, se lo tendré que decir del modo más crudo. Su padre me ha dicho: «Celebro que se case usted con mi hija, porque así podré yo casarme con mi cocinera», y añadió unas consideraciones respecto a las patatas y la falda corta, que me convencieron.

TOTO. Si es cierto eso que me dice usted, se ha vuelto loco.

AUG. Parecía muy tranquilo.

TOTO. No... Que no. Es un rapto de locura... Después de todo no es extraño, con la vida que hace... ¡Oh, pobre papá!... Si le hubiese conocido usted antes... Un hombre tan sensato, tan ajeno a toda diversión, dedicado en cuerpo y alma a su carrera... Había hecho un culto a la memoria de mi pobre madre... Pero no. Cuanto más pienso, más me convenzo de que es imposible.

AUG. El amor es un niño...

TOTO. No. Este amor es un idiota, si a esto se le puede llamar amor... ¡Si usted conociera a la individua...! Fea, vieja, sucia... ¡Oh, oh!

AUG. Si me ha dicho que se trata de una señora venida a menos...

TOTO. ¡Mentira, todo mentira!... Claro. Se habrá avergonzado de contarle la verdad... Pero todo es absurdo.

AUG. No piense usted más en ello.

TOTO. ¿En qué quiere usted que piense?

AUG. ¿Y tú me lo preguntas?... En lo que ha de ser *(Acercándose, cariñoso.)* nuestra vida, nuestra futura felicidad... Estoy deseando separarte para siempre de ese padre indigno... ¡Qué humillación para ti cuando la que hoy riñes si sale la carne achicharrada te reprenda a ti si llevas la falda demasiado corta!... ¡Qué padre!

TOTO. Tiene usted razón. También a mí me horroriza. Es un monstruo.

AUG. Verás qué felices vamos a ser..., qué esposo tan solícito, tan tierno, vas a encontrar en mí. Nada ha de faltarte a mi lado... ¡Si hubieras visto la alegría que experimenté cuando me impuso el casamiento!... Sólo una cosa me hizo dudar... Era un escrúpulo, pero ya lo he desechado. Te confieso que yo, aunque tal vez esté llamado a ser rico algún día, por hoy cuento sólo con un modesto pasar..., muy en desproporción con tu fortuna...

TOTO. *(Asombrada.)* ¿Con mi fortuna? ¿Qué dice usted?... ¡Valiente cosa!

AUG. ¡Ah! ¿Lo que tienes te parece despreciable? ¡Cómo se conoce que tienes el hábito de la opulencia!... Tu padre me ha dicho que posees más de tres millones.

TOTO. ¡Qué atrocidad!

AUG. ¿Cómo?

TOTO. Ya me contentaría yo con que nos diese cinco o seis mil duros al casarme... ¡Pues así qué no he tenido que luchar para comprarme el Citroën!

AUG. Veamos, veamos... *(Frío.)* ¿Está usted segura de que no tiene tres millones?

TOTO. Ya dudo de todo... Ni de eso estoy segura.

AUG. No se lo pregunto a usted por interés... ¡Ah, no! Todo lo contrario. *(Algo forzado.)* Casi me satisface... Así desaparece toda idea mezquina... Pero es que todo esto me hace temer que su papá esté loco...

TOTO. Es posible... ¿Cómo habré yo vivido tantos años a su lado sin notar nada? *(Pausa.)* Sí, sí. Casémosnos. Estoy deseando salir de mi casa. Me da miedo. ¡Sálvame, Augusto! *(Algo ruborosa. Se acerca a él.)*

AUG. *(Muy frío.)* La salvaré a usted.

TOTO. Tal vez sea demasiada carga para ti.

AUG. No. Trabajaré. Yo siempre he sido muy trabajador... Viviremos muy felices con el producto de mi trabajo... Sé de un destino... Nos mantendremos con la presa de Aranjuez.

TOTO. ¿Desvarías?

AUG. Un salto de agua lejos del mundo... Vamos a ser muy felices, muy felices... *(Fríamente.)*

TOTO. Me voy, pero tiemblo ante la idea de volver a aquella casa...

AUG. No tiemble usted. Yo iré pronto. Su papá me ha citado a las siete.

TOTO. ¿En casa?

AUG. Sí. Villalar, 115, ¿no es eso?

TOTO. Eso es.

AUG. ¿Qué piso?

TOTO. Tercero. *(Se encamina hacia la puerta.)*

AUG. *(Como si le arrancasen una muela.)* ¡Qué felices vamos a ser!

TOTO. *(Lo mismo.)* Mucho... Muy felices... Adiós. *(Reteniéndola un momento la mano.)* Adiós... *(Totó se va por la izquierda. Augusto, muy preocupado, baja hacia el proscenio, se deja caer en una butaca; distraído, toma el catálogo de automóviles y le hojea maquinalmente; de pronto lo arroja lejos.)* ¡Yo que soñaba con un Buick para ella y un Rolls para los dos!... ¡Puede que tengamos que poner el Citroën al punto!...

CAR. *(Entrando precipitadamente; antes se le ha oído decir, dentro, arrollando a la criada.)* ¡Déjeme usted!... ¡Qué desgracia!... *(Entra.)* ¡Ah!... ¿Estás vivo? ¿Qué ha pasado?... ¿Y ella? ¿Y su padre?

AUG. ¿Qué dices?

CAR. ¿No te ha matado? ¿Se ha ensañado sólo con ella?

AUG. ¿Te has vuelto loco?

CAR. Pero, ¿no ha ocurrido aquí una tragedia espantosa?

AUG. ¿Tragedia?... Sí, pero sin sangre.

CAR. ¡Ay! ¡Qué peso me quitas de encima!... Al salir de aquí me metí en un bar de la calle de Alcalá para hacer tiempo y volver a que me contases... De pronto, entran dos hombres, policías a juzgar por lo que decían, se agarran al teléfono, llaman a la Comisaría, a la Casa de Socorro, y dicen que aquí, en Pardiñas, 150; en casa de don Augusto del Cepillo, un padre había sorprendido a su hija, la había matado, había matado al novio y se había pegado dos tiros.

AUG. ¡Jesús, qué infundio!... Pero eso es una broma tuya.

CAR. Te juro que no. A la Casa de Socorro han pedido un médico y cuatro camilleros...

AUG. Pues no sé...

CAR. Pero, dime, ¿ella ha venido?

AUG. Sí... Me sucede una cosa muy grave...

CAR. Luego hay algo... Acaba...

AUG. ¡Me caso...!

CAR. Nada de interjecciones...

AUG. Sí, sí... Que me caso. Que me caso en seguida.

CAR. ¿Cómo?

AUG. ¡Ya te contaré!... Pero antes he de decirte que ya tengo el hombre que necesita tu tío. Yo.

CAR. ¿Tú?

AUG. Sí. He decidido trabajar. Soy otro... Veo la vida bajo otro prisma. *(Lúgubre.)* ¡Voy a ser muy feliz!

AME. *(Entrando muy alarmada.)* ¡Señorito!... ¡La policía!...

CAR. ¿No te decía yo?

AME. ¡Y dos camillas!

AUG. ¡Qué locura la de ese hombre!

CAR. ¿Qué?

AUG. ¡Huyamos por la otra escalera! *(Escapan por la derecha.)*

GOM. *(En la puerta.)* Adelante, señor Comisario. Aquí está el responsable de las tres muertes. *(Tiro.)*

AME. *(Cayendo desmayada en un sillón.)* ¡He entrado al servicio de un Landrú!... *(Otros tiros.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala convertida en despacho, en casa del señor Maldonado. Puertas en los primeros términos derecha e izquierda y en el foro izquierda. En la parte de la derecha, una mesa de despacho cargadísima de libros y papeles; junto a ella un aparato telefónico y el libro de abonados pendiente de un hilo, colgado en la pared. Un sofá, veladorcito en el centro de la escena y muebles de distintas clases. Luz en un aparato de techo y en otro portátil sobre la mesa. Serán encendidos durante las primeras escenas.

Al levantarse el telón está en escena ANGELA, doncella, arreglando los muebles. Por el foro entra TOTÓ con el mismo traje, abrigo y sombrero del acto anterior, del que éste es inmediata continuación.

TOTO. Hola, Angela. ¿Ha venido alguien?

ANG. El chico del garaje a cobrar la jaula y la esencia. Lo ha pagado todo la cocinera.

TOTO. Voy a quitarme el sombrero y subo a ver a la señorita Julia. Si el señor pregunta por mí, dígale que estoy arriba. ¿El agua de azahar está en mi cuarto?

ANG. En el tocador. ¿Ha atropellado hoy también a alguien la señorita?

TOTO. No. No he sacado el coche.

ANG. ¿Quiere la señorita que vaya?

TOTO. No. No hace falta. *(Mutis por la derecha.)*

MAL. *(Por la derecha del foro. Es un hombre de cincuenta a cincuenta y cinco años, absorto siempre por sus pensamientos, y que vive fuera de la realidad de la vida; esto le hace ser distraído y descuidado en el vestir. Viene leyendo unas cuartillas.)* «Y así debe ser el maestro. Ejemplo de costumbres, espejo de virtudes... Toda austeridad es poca en el sacerdocio de la enseñanza.

Duras han sido mis palabras, pero os digo como Aristóteles: «Amicus Plato, sed magis amica véritas...» *(Se detiene ante Angela.)* ¿Eh? ¿No le parece a usted?

ANG. Lo que quiera el señor. *(Timbre dentro.)*

MAL. ¿Quién será?

ANG. Voy a ver. *(Mutis foro hacia la izquierda. Maldonado se sienta a la mesa y sigue leyendo y repasando las cuartillas.)*

MAL. Doscientas veintidós cuartillas. Unas tres horas de lectura nada más... Temo que al auditorio le parezca poco. En la próxima seré más lato.

ANG. Señor, el coronel Quintanilla.

MAL. *(Casi para sí, sin dejar de leer.)* ¿Qué querrá?

ANG. Desea hablar con el señor.

MAL. Que pase, pero aguarde. Tengo que repasar la conferencia y son... *(Mira el reloj.)* las seis y media... De la tarde, ¿verdad?

ANG. De la tarde, señor.

MAL. Es que como me acaba usted de poner el chocolate en la biblioteca...

ANG. Era el que le puse esta mañana, señor.

MAL. ¡Ah, ya! Sí; me pareció que estaba algo frío... ¿No ha venido aún la señorita?

ANG. Sí. Llegó hace un momento.. No hizo mas que quitarse el sombrero y subir a casa de los vecinos de arriba.

MAL. Tiene usted que salir a un recado. Ha de llevar estas cuartillas al director de la «Revista de Pedagogía y Ciencias morales». *(Las mete en un sobre.)* Cierro el sobre, para que no se entretenga usted en leerlas y tarde como ayer. *(Hace y deshace todas las cosas maquinalmente, siempre distraído.)*

ANG. Verá el señor, es que...

MAL. Disculpo, disculpo la curiosidad. El artículo sobre «Los rudimentos pedagógicos entre los trogloditas», reconozco que me salió verdaderamente ameno, pero tardó usted tres horas en leerlo. *(Le da el sobre.)* Dígale al señor Quintanilla que puede pasar. *(Angela introduce a Quintanilla por el foro y vase, llevándose el sobre.)*

QUINT. *(El mismo traje del acto anterior. Trae puesta una gorra de cuartel con los galones correspondientes a su graduación, y se la quita al entrar.)* Muy buenas tardes.

MAL. Muy buenas, mi coronel. ¿A qué debo el placer de su visita? Pero cúbrase, hágame el favor.

QUINT. Le aseguro que es comodidad. Me he puesto la gorra por si hacía frío en la escalera. *(La deja sobre la mesa.)*

MAL. Se ha tomado usted la molestia de subir los tres pisos cuando era yo el que debía...

QUINT. Dos. No olvide usted que vivo en el principal.

MAL. *(Invitándole a tomar asiento.)* Exacto, exacto. Es usted un hombre preciso.

QUINT. La visita tiene un doble objeto. Es posible, querido don Angel, que muy pronto experimente mi vida modificaciones de importancia. Todo depende de ciertas resoluciones... Pero bien, vayamos por orden. Hace pocos días me hablaba usted de la necesidad de mudarse o de tener otro piso para establecer su proyectado colegio...

MAL. No es colegio precisamente, sino un reformatorio de costumbres, para señoritas. Aún no sé si titularle «La perfecta casada», o «Las pajitas para el nido», pues se trata de dar a las señoritas una educación de alta moralidad y de perfeccionamiento para sus deberes matrimoniales en ese período que media entre la salida del colegio y el himeneo. Pero, prosiga usted, señor Quintanilla.

QUINT. Pues bien, va a tener el piso que desea. El mío, que como es el primero, no precisa del ascensor ni supone molestias para los vecinos la entrada y salida de las señoritas.

MAL. Magnífico. ¿Es que usted se muda?

QUINT. Probablemente, dentro de poco, necesitaré un hotelito con jardín, garaje... ¿Usted me preguntará el motivo?

MAL. ¡No! Jamás me atreveré a hacerle pregunta tan indiscreta.

QUINT. Pero yo quiero que sea usted mi confidente y consejero. Esa es la segunda parte de mi visita. Su austeridad y su discreción me mueven a ello, señor Maldonado.

MAL. Entonces, usted dirá.

QUINT. *(Bajando la voz.)* Yo estoy arruinado, mi querido amigo.

MAL. ¿No es una broma de usted?

QUINT. ¡Ay, ojalá! Todo cuanto me queda de los tres millones de mi difunta, y que pertenecían de hecho a mi hija, es esta casa, sobre la que ya pesa una hipoteca.

MAL. ¡Oh, oh!... No tiene usted que decirme por dónde se ha ido ese dinero. Es usted un pecador incorregible. Las faldas cuestan muy caras, aunque llevan tan poca tela.

QUINT. Precisamente por eso, don Angel... ¡Han subido demasiado!

MAL. Bien. No juguemos del vocablo en asunto tan poco moral, y continúe.

QUINT. Cuando ya estaba a punto de tener que declarar mi ruina, he vislumbrado la salvación.

MAL. Dios da siempre al náufrago una tabla para asirse.

QUINT. ¡Y qué tabla, don Angel!

MAL. ¿Buena?

QUINT. Superior. A ella me «aso» sin dudarlo.

MAL. Asgo. Es irregular.

QUINT. Una mujer con cinco millones de pesetas, y guapa. «Hasgase» usted cuenta. *(Maldonado da un salto.)*

MAL. ¿Y ella le acepta a usted?

QUINT. Ella... Este es mi secreto. Ignora por completo que posee ese dinero. Hoy ocupa una posición modestísima, pero es heredera única de una fortuna procedente de su tío Quico, que ha muerto en Quito, dejándola este pico. Yo me he enterado por casualidad, aunque en ella había puesto los ojos, y no precisamente como tabla.

MAL. ¿Y su hija lo ignora todo?

QUINT. Y debe ignorarlo, lo mismo que mi futura hasta el momento oportuno. Por eso me urge casarla, para casarme yo antes de que expire el plazo para optar a la herencia. Soy un hacha, ¿verdad?

MAL. Mi concepto de la ética y de la moral es bien distinto. Yo comenzaría por decirle la verdad a la doncella.

QUINT. Es cocinera.

MAL. Le suplico que no retruecanee, señor Quintanilla. *(Cómica indignación.)*

QUINT. Es que se trata..., pero permítame que no descubra este secreto.

MAL. De todos modos, le repito que no emplearía subterfugios. Un hombre que como yo dedica sus actividades a la moral práctica, aunque se muera de hambre, debe vivir en una urna de cristal.

QUINT. ¿De hambre y en una urna? Eso es asemejarse a Papús. Pues nada, señor Maldonado. Tendrá usted, si no me equivoco, el piso para el colegio.

MAL. Colmará usted mis ilusiones. Por llevar a la práctica esta idea dejé mi cátedra en Santiago. Aquí mis teorías han sido muy bien acogidas. La «Revista de Pedagogía y Ciencias Morales» me ha encargado un curso de conferencias que está teniendo éxito. Por cierto, que no me ha pedido uster tarjetas para ellas, y eso me ofende.

QUINT. Estoy tan ocupado... En fin. Le dejo. Tal vez vuelva a hablarle de esos asuntos íntimos a que he hecho referencia...

MAL. *(Tomando la gorra que Quintanilla se ha dejado sobre el velador.)* Se deja usted su gorra...

QUINT. Siempre me pasa lo mismo. Muchas gracias. Hasta la vista y cuente usted con el piso.

MAL. Muy agradecido.

QUINT. No se moleste.

MAL. No es molestia. *(En el momento que van a salir entran Totó, Julia y Pepito.)*

QUINT. ¡Hola, los señores de Aguado! Toda la casa reunida. El principal, el tercero y la terraza.

PEP. Es que nos reunimos para conspirar contra el casero. *(Hablan.)*

MAL. *(A Totó.)* Acompaño al Coronel y vuelvo. A Angela la he enviado a la Revista.

TOTO. ¿Has regresado hace mucho?

MAL. ¿Yo? ¡Si no he salido! Digo, me parece que no he salido... *(Sale con Quintanilla por el foro, dirigiéndose hacia la izquierda, donde se supone está el recibimiento.)*

TOTO. *(A Pepe y Julia.)* ¿Habéis oído? ¡Dice que no ha salido!

PEP. Nunca creí que pudiera disimular así.

JULIA. No quiere decirte que ha estado en esa casa de Pardiñas y ha enviado a la calle a la doncella para que no te lo contara al llegar.

PEP. Así, como no te lo diga la cocinera...

TOTO. ¡La cocinera!

JULIA. De esa está bien seguro.

TOTO. Parece increíble. ¿Conocéis a nuestra cocinera?

PEP. Alguna vez me ha abierto la puerta; pero la verdad, no me he fijado.

JULIA. Pues cuando tú no te has fijado, es que debe ser horrorosa.

TOTO. Un espanto. He subido a contároslo todo, a deciros lo que me ocurre, porque traspasa los límites de lo verosímil.

PEP. ¡Chist!

MAL. Ustedes me dispensarán si no les acompaño. Tengo que trabajar. Estoy preparando mi tercera conferencia.

TOTO. ¿Esperas alguna visita, papá?

MAL. *(Que de espaldas está recogiendo papeles de la mesa. Una de sus manías es abrir y cerrar el tintero y cambiar de sitio los libros.)* No, no espero a nadie. Digo, me parece... No sé... *(Totó, Julia y Pepe cambian una mirada.)*

JULIA. *(Aparte a Totó.)* ¡Qué hipócrita!

MAL. ¡Hombre! La agenda de casa que me dejaste hace unos días y que no encontraba por ningún lado. Hoy, antes de ponerme a disertar sobre «la delectación intelectual de los espartanos», voy a repasar las cuentas a la cocinera.

JULIA. *(Mirando a Totó.)* ¡Ah!

TOTO. *(Idem a Julia.)* ¡Ah!

PEP. ¿Conque a ajustar las cuentas a la cocinera?...

MAL. Sí, esta cabecita loca no sabe andar entre números. *(Acariciando a Totó, que se separa vivamente.)*

PEP. ¡Qué cosa tan impropia en un sabio como usted!...

JULIA. *(Aparte a Totó.)* No he visto mayor descaro.

TOTO. Está bien. Te dejamos con Eufrasia.

MAL. Podéis quedaros. Los señores son de entera confianza.

JULIA. Podríamos distraerle en la suma.

PEP. Esas cosas son muy delicadas.

TOTO. ¿Venís a mi gabinete?

PEP. Vamos. *(Salen por la derecha mirando mucho a Maldonado.)*

MAL. *(Que lee una agenda.)* No hay modo de entender estas cuentas. *(Oprime el timbre.)* «Escarola..., escalera..., escarcela...»

EUF. *(Por la izquierda.)* ¿Da su venia? *(Eufrasia es una mujer de edad indefinida, feísima, sucia y apaletada.)*

MAL. Sus cuentas son un laberinto endemoniado.

EUF. Anda, y el otro día me decía el señor que mi letra era un santo escrito. *(Habla con acento gallego.)*

MAL. Es que hace usted unos números que no tienen figura humana, y como ni por casualidad están en su sitio, no hay modo de comprobar las sumas. ¿Ha incluído usted su sueldo?

EUF. ¿Que si he incluído?... *(Se apoya de codos en la mesa.)*

MAL. Que si le ha tenido usted en cuenta.

EUF. ¡Ah, sí, señor! Una peseta, dos reales y quince céntimos todos los días, y un real más cada dos semanas para el pico...

MAL. ¿Ve usted? ¿Cómo se va a ajustar una cuenta con esa mezcla de céntimos, reales y pesetas? Todos los primeros de mes ponga cincuenta pesetas.

EUF. ¡Anda, eso no me conviene mas que en febrero!...

MAL. Bien, bien. Ya la convenceré a usted. Cerillas, ochenta y cinco pesetas. ¡Qué atrocidad!

EUF. Ochenta y cinco céntimos. Es que no sé escribir.

MAL. Eso creo.

EUF. O que el señor no sabe leer. Y entonces yo me lavo las manos.

MAL. ¿Que se lava? No..., eso no lo creo. *(Se las retira.)* Mire, con poner el ocho en esta rayita de más acá y aquí el cinco las pesetas se convierten en céntimos...

EUF. Las cosas que aprenden ustedes los señoritos para engañarla a una. *(Llaman discretamente a la puerta de la derecha.)*

MAL. Adelante. *(Entra Pepito y se dirige hacia el teléfono.)*

EUF. Sí, engañarla a una. Eso es lo que hacen ustedes los señores con las pobres que no tenemos malicia.

MAL. *(A Pepito.)* ¿Por qué ha llamado usted?

PEP. No sé... Lo he hecho sin darme cuenta... Soy tan discreto... ¿Estorbo?

MAL. ¿Por qué va usted a estorbar?

PEP. *(Que sin hacerle caso está contemplando a Eufrasia.)* (¡Es absurdo!)

MAL. Sigamos con las cuentas, jauja, jaja..., jaula, treinta pe-

setas. Esto está bien. Esencia... Pone esencia, ¿verdad? Esencia, noventa y cinco pesetas...

PEP. *(Aparte.)* (¡Se debe bañar en perfumes!)

MAL. *(A Pepito.)* ¿Quería usted algo?

PEP. No. Venía a buscar unas señas en la Guía de teléfonos. *(Sin dejar de mirar a Eufrasia.)* (¡Qué aberraciones sufren los sabios!) *(Se va por la derecha.)*

MAL. Hija mía, lo siento mucho, pero esto no puede ser. Usted me vuelve loco.

EUF. ¡Que le vuelvo loco! ¡Ay, madre! ¿Y qué he de hacer si no entiendo de números? *(Se echa a llorar.)* ¡Pobriña de mí, me echan! Bueno me iré. No me faltará acomodo, pero no diga el señor que sabe tanto, que por mi culpa se vuelve loco.

MAL. Vamos, vamos, Eufrasia. No se ponga usted así. Seque esas lágrimas... *(Llaman a la puerta de la derecha.)* ¡Adelante! *(Toma la punta del delantal de Eufrasia y la seca las lágrimas al mismo tiempo que la da unas palmaditas.)*

JULIA ¿Estorbo?

MAL. Pero, ¿a qué viene que llamen ustedes y pregunten si estorban?

JULIA. *(Al observar el llanto de Eufrasia. Aparte.)* (¡Algo gordo ha pasado aquí!)

MAL. ¿Quería usted alguna cosa?

JULIA. Buscar unas señas en la guía de teléfonos.

EUF. ¡Dice que por mí se ha vuelto loco!

MAL. *(A Eufrasia.)* Pero, ¿sigue usted? Vamos, vamos; seque esas lágrimas le he dicho, y no me repita que se va, por una tontería. Usted no se separará de mi lado.

EUF. *(Saliendo.)* A la noche ajustaremos las cuentas. *(Vase.)*

MAL. *(A Julia.)* Es una infeliz, pero todo lo toma por la tremenda. En parte la culpa es de Totó, que no sirve para regir la casa.

JULIA. *(Severamente.)* Totó es una muchacha buenísima que tiene un alto concepto del hogar y de los deberes que le imponen la posición social de usted.

MAL. No lo dudo. Pero, ¿a qué santo me dice usted eso ahora?

JULIA. No sé. Se me ha ocurrido. Hay circunstancias en que esas cualidades se ponen a prueba.

MAL. Bien, bien. Otro día hablaremos de eso y le leeré a usted el tema de la vigésima conferencia... Ahora me debo a mi trabajo.

JULIA. *(Aparte.)* (¡Qué farsante!)

MAL. *(Que recoge sus papeles.)* Ya se ha dejado aquí Eufrasia el libro de cuentas mezclado con mis papeles... ¡Qué mujer! Es gruñona, distraída...

JULIA. Y, además..., en confianza, de guapa no tiene nada.

MAL. *(Sorprendido.)* Nada... Pero a mí eso me sale por una friolera. *(Se va por el foro, hacia la derecha, donde se supone está la biblioteca.)*

JULIA. Si no lo hubiera visto no lo creería. *(A la derecha.)* Podéis salir.

PEP. ¿Te has convencido?

JULIA. Sí. Se conoce que han tenido una pelotera gorda. Ella se ha ido llorando y le ha dicho, vergüenza me da repetirlo, «¡que a la noche le ajustará las cuentas!»

TOTO. ¡Que oiga yo esto!

PEP. ¿Y qué me dices de su belleza?

JULIA. Es un monstruo.

PEP. Y pensar que un hombre tan austero, al que todo el mundo cree la castidad, haya podido enamorarse de semejante engendro... Es un caso patológico.

JULIA. Está loco.

TOTO. Eso es lo que yo empiezo a temer.

JULIA. ¿Y qué le dirá ahora a ese muchacho?

PEP. Es verdad. ¿Has dicho que va a venir a las siete?

TOTO. Sí. Poco puede tardar.

PEP. Sabéis lo que se me ocurre? Antes de que le vea debemos ponerle en antecedentes.

TOTO. Sí, sí. Es lo mejor.

JULIA. Cuando tu padre le exigió que se casara contigo, ¿le pareció mal?

TOTO. Le pareció de perlas. Se ve que está muy enamorado de mí.

PEP. Sin embargo, dado el trastorno mental que, indudablemente, padece tu padre, esa boda debe retrasarse al menos.

JULIA. En confianza; ¿tú quieres casarte con él?

TOTO. Yo... No sé qué decirte. ¡Esto ha sido cosa de película! A mí el muchacho me era simpático... Le hice caso pensando en el otro ingrato...

JULIA. Pero la ligereza que has cometido...

TOTO. Una imprudencia imperdonable, lo confieso. La curiosidad..., la mala idea de darle una broma y divertirme..., el recuerdo del otro...

PEP. En estas circunstancias, sin conoceros bien, sin que él se convenza de que eres una muchacha como es debido, la boda es una locura. Hay que impedirla.

TOTO. Ya es tarde.

PEP. ¿Por qué?

TOTO. Ese muchacho no tiene otra ilusión. Sería destrozarle.

PEP. ¿Y qué se le va a hacer? ¡Le destrozaremos! No es

cosa de que te hagas desgraciada para siempre por una chiquillada sin trascendencia.

JULIA. Tiene razón mi hermano. Hay que arreglarlo.

PEP. ¿Qué hace ahora tu padre?

TOTO. Debe estar en la biblioteca. Cuando trabaja se abstrae por completo.

PEP. Sí. Sufre distracciones inconcebibles. A mí una noche, tomándome por la doncella, me pidió las zapatillas... Pero, ¿creéis que se distraerá hasta el punto de olvidar que tiene una cita tan importante?

TOTO. Seguramente, y más ahora que se ve que sufre una agudización de su..., no sé cómo llamarla.

PEP. Es preciso que cuando llegue ese muchacho no le oiga llamar.

TOTO. Eso es fácil.

PEP. Aunque más valía que no llamara.

JULIA. No es cosa de esperarle en la escalera.

PEP. En la escalera, no; pero en el mirador, sí. Totó puede asomarse, y cuando le vea venir, abrimos y hablamos con él.

TOTO. Eso me parece muy bien; voy al mirador.

PEP. Avísanos. *(Vase Totó por la derecha.)*

JULIA. ¡Pobrecilla! ¡En qué compromiso se encuentra!

PEP. Compromiso del que debemos salvarla. Es una amiga de toda la vida.

JULIA. ¡Pues y el pobre don Angel!... ¡Qué desgracia!

PEP. ¡Un hombre tan sabio!... El pobre señor se ha trastornado con tanto estudiar. ¡Y tú que me decías que imitase su ejemplo!... Que imite él el mío y no se verá como se ve. Porque esto es una ráfaga de locura. También debemos mirar por él. A mí se me ocurre una idea: hacer que esa mujer salga de esta casa.

JULIA. Totó no se atreverá a echarla.

PEP. Nada de echarla. Sería contraproducente. Que se marche ella.

JULIA. No querrá.

PEP. Todo es cuestión de dinero.

JULIA. Si fuese así, Totó no duda en gastar lo que hiciera falta. Su padre, eso hay que reconocerlo, no le regatea nada.

PEP. Bueno estaría, cuando él se lo gasta en libros y en esas chifladuras de la pedagogía. Déjalo de mi cuenta. Vete con ella, y antes mándame por aquí a esa fiera.

JULIA. A ver lo que haces. *(Mutis por la izquierda.)*

PEP. Señor, si fuera guapa, se concibe, uno tiene sus debilidades por muy sabio que sea, pero con esa birria...

EUF. ¿Me llamaba el señorito? *(Julia se cruza con ella, haciendo mutis por la derecha.)*

PEP. Sí, acérquese.

EUF. ¿Una servidora?

PEP. Le advierto a usted que conmigo no valen habilidades.

EUF. ¡Cómo!

PEP. ¡Vamos a ver! ¿Por qué coquetea usted con don Angel?

EUF. ¿Que yo?... ¡Ay madre! ¿Qué dice el señorito?

PEP. ¿Va usted a negarme a mí, a mí, que se entiende con él?

EUF. ¡Virgen santa de Congolledo, qué calumnia! ¡Las cosas que tiene que oír la hija de mi madre!

PEP. ¿No le ha puesto usted en la cuenta noventa y cinco pesetas de esencia?

EUF. Claro, del petróleo para el automóvil de la señorita que aquí le llaman así. ¿A que el malpocado ha creído que era esencia para yo perfumarme? Huela, huela...

PEP. Basta, basta. Lo creo.

EUF. ¡El Santo Apóstol me valga y qué mal pensados son los señoritos!

PEP. Bueno, convencido de que usted no le hace cara a don Angel, pero lo que no me negará es que él anda detrás de usted.

EUF. ¿Que el señor anda detrás de mí? ¡Qué va a andar! Si ese es el defecto de la casa ésta, que no hay señoritos jóvenes que puedan cortejar, porque una es de carne y hueso y a nadie le amarga un piropo de cuando en cuando... Todo con la debida decencia, ¿eh?, que de la hija de mi madre nadie ha tenido nunca que decir ni aquí ni en Congolledo.

PEP. ¿Entonces no ha notado usted nada?

EUF. Nada, señorito. Ni un mal requiebro, ni un duriño, ni... *(Indica un pellizco.)* Que nada, señorito, que nada.

PEP. Parece mentira, cuando lo hemos notado todos.

EUF. ¿Qué han notado?

PEP. Que bebe los vientos por usted.

EUF. ¿El señor, tan cuitado, tan viejiño, tan serio? ¡Miren el hipócrita!

PEP. Vamos; menos mal que a usted no le interesa.

EUF. ¡Qué va! Una es joven, dicen que no mal parecida, aunque eso no está bien que una lo diga... Bueno que festeje con un señoritiño joven..., pero con un carcamal como el señor, ¡quite de ahí! *(Se ha acercado.)*

PEP. Sí, quite... *(La aparta.)* Todo ello me congratula. Ciertamente que el físico de don Angel no es para despertar una pasión, pero temíamos que su fortuna, su posición... Después de todo para usted era un cambio muy beneficioso casarse con él... *(Se sienta.)*

EUF. ¡Ah, ah! Pero ¿me cortejaba para casarse? ¿Para casarse por la Iglesia y como Dios manda?

PEP. Eso suponemos.

EUF. Entonces es distinto. Para un requiebro, para un cachetín por los corredores, bien está un joven de cara, feitiña, pero para casarse, mejor se está un viejo con buenos patacones.

PEP. Pero, ¿qué dice usted?

EUF. ¿Dejaría el fogón?

PEP. Claro.

EUF. ¿Y llevaría sombrero?

PEP. Claro.

EUF. ¿Y tendría las llaves y no me ajustaría las cuentas?

PEP. Claro, mujer, claro. Pero, ¿no se había usted dado cuenta?

EUF. ¡Qué me iba a dar! Don Angel no es tan viejo, bien mirado, y tiempo le quedaba a una para buscar uno joven cuando se muriera.

PEP. No sueñe usted, desgraciada. No sueñe. ¿Cómo quiere que consintiéramos esa boda?

EUF. ¿Y a usted qué le importa?

PEP. ¿No ha de importarme? Si usted lo que busca es el dinero, todo se puede arreglar. ¿Quiere ganarse dos mil pesetas? *(Se levanta.)*

EUF. ¿Cuántos duros son dos mil pesetas?

PEP. Cuatrocientos.

EUF. ¿Qué hay que hacer?

PEP. Marcharse de esta casa.

EUF. Me marcho, sí, señor.

PEP. Muy bien, pero hoy mismo.

EUF. Sí, señor. Esta noche achicharro la cena, rompo veinte platos, tiro a la gata por el balcón y le contesto mal al señor para que me eche...

PEP. No, no. Tiene que ser ahora mismo.

EUF. No, no. Eso, no. Antes le tengo yo que preguntar al señor si es verdad eso de que quiere casarse conmigo, porque si es verdad, a una servidora, aunque sea de Congolledo, no le da usted con cuatrocientos duros el timo de las limosnas.

PEP. ¿Qué dice usted?

EUF. Que yo no me voy sin averiguar si lo del casorio puede ser verdad. Las de Congolledo no somos tan tontas. ¡Ca!... Yo con sombrero y con las llaves... ¡Ca, que no me voy! ¡Que no me voy! *(Mutis por la izquierda.)*

PEP. ¡Bien! Esta plancha la hago en un trapecio y me da mil pesetas Leonard Parish.

JULIA. *(Entrando.)* ¡Ahí está! Acaba de entrar en el portal.

TOTO. *(Que ha entrado con ella.)* Voy a abrirle. *(Vase por el foro hacia la izquierda.)*

PEP. Acabo de hablar con la cocinera.

JULIA. ¡Ah, sí! ¿Y qué?

PEP. Pues que don Angel no le ha dicho jamás una palabra.

JULIA. ¿Y en vista de eso se va?

PEP. No. En vista de eso le va a hablar ella.

TOTO. *(Por el foro con Augusto.)* Los señores de Aguado, vecinos de la casa, y mis mejores amigos. Puede usted hablar. Están al corriente de todo. Como es natural, con ellos no rezaba el juramento que le hice a usted. Al llegar, mi apuro era tan grande, que necesitaba confiarme a alguien, pedir consejo... Son muy discretos y me quieren múcho. Tenga usted la misma confianza que conmigo.

JULIA. No. Nosotros os dejamos.

TOTO. Pero si no estorbáis...

PEP. Sí. Tienen ustedes que tratar de cosas muy importantes, y aunque nosotros las conozcamos, es mejor que solos... *(Saludando a Augusto.)* Mucho gusto, caballero.

JULIA. *(Aparte, a Totó.)* No seas tonta. Convéncele de que esa boda es una locura.

TOTO. Lo procuraré; pero el pobre muchacho está tan enamorado, que temo que haga un disparate.

JULIA. *(A Augusto.)* Beso a usted la mano, caballero.

AUG. A los pies de usted. *(Se van Julia y Pepe por el foro, hacia la izquierda.)*

TOTO. Pero, ¿y quién puede haberse enterado de esos detalles para dar aviso a la Policía y a la Casa de Socorro?

AUG. Eso es lo que no me explico. Cuando nos repusimos del susto mi amigo y yo, convinimos que lo mejor era volver a enterarnos y tomamos un taxi...

TOTO. ¿Un taxi?

AUG. Sí, habíamos ido a parar a las Ventas.

TOTO. ¿Y qué?

AUG. Lo que averiguamos aumenta el misterio. Durante el tiempo que empleé en subir a buscarla al piso desalquilado, estuvieron dos hombres que se marcharon sin esperarme. Por las señas son los que vió mi amigo en el bar...

TOTO. Dios mío, cada vez se complica más nuestra situación.

AUG. Por eso ardo en deseos de hablar con su padre y decidir nuestro porvenir. ¡Qué felices vamos a ser!, ¿verdad? *(En el mismo tono de tristeza del acto primero.)*

TOTO. ¡Ay, mi querido amigo, yo no! Mi padre no está bien. No puede estar bien. Cuando le obligó a usted a dar la palabra de casamiento, se hallaba ya en un estado de perturbación. Yo no puedo abandonarle así, enfermo, tal vez en el borde de la locura.

AUG. ¿Entonces...?

TOTO. No debemos ser egoístas. Es menester que pensemos

en algo más que en nuestra felicidad. Renunciemos a ese matrimonio.

AUG. ¿Será usted capaz? ¿Tendrá usted valor para pedirme ese sacrificio? *(Con alegría mal disimulada.)*

TOTO. Es preciso..., es absolutamente preciso... Pero al ver el dolor de usted, no me atrevo a pedírselo...

AUG. Sí, pídamelo... Estoy deseando sacrificarme por usted... ¡La quiero tanto!

TOTO. ¡Es usted un santo!

AUG. No. Soy un hombre, pero sabré cumplir mi deber. ¿Quiere usted que me marche? Me marcharé, sí, me marcharé para no volver... ¡Pero siempre guardaré de usted un gratísimo recuerdo! Sabré resignarme. *(Suspira.)*

TOTO. *(Le tiende la mano que él estrecha en silencio.)* ¿Hacemos bien?

AUG. Sí, sí. Su pobre padre está trastornado.

TOTO. No me hable de él. Al recordar su extraña manía me horrorizo y siento deseos de aceptar la mano de usted y de huir de esta casa para siempre.

AUG. No, no. Deseche esa idea. Cuando la vida nos impone un deber, hay que cumplirle.

TOTO. *(Después de mirarle a la cabeza y a la cara.)* ¡Y es lástima!

AUG. ¿De qué? ¿Por qué me mira así? ¿Es que realmente había comenzado a interesarla?... *(Muy envanecido.)*

TOTO. Ahora puedo decírselo. Mi simpatía hacia usted nació del gran parecido que tiene usted con el que fué mi novio... Sobre todo con el sombrero puesto... Con el detalle del bigote y alguna más movilidad...

AUG. ¡¡Ah!!... ¿De modo que...? Nada, señorita. Sacrifiquémonos. Le devuelvo su palabra. *(Enojado.)*

TOTO. Parece que se ha molestado usted.

AUG. ¿Yo? No lo crea. Pero también quiero ser franco. Usted es muy bonita, muy elegante, muy simpática, pero de ahí a gustarme de tal modo que me decidiera a aceptar este matrimonio tan anormal...

TOTO. *(Desagradablemente sorprendida.)* ¿No estaba usted tan enamorado de mí?

AUG. Como usted de mí.

TOTO. ¡Pues no tiene ninguna gracia!

AUG. Ahora es cuando empieza a tenerla. *(Ríe.)*

TOTO. Está bien. Queda usted libre. Enhorabuena. *(Quemada.)*

AUG. Y usted también. La felicito.

TOTO. *(Algo picada.)* Muchas gracias.

AUG. No hay de qué. *(Vase Totó enojada. Queda un momento solo.)* Esto va bien; veremos al padre.

EUF. *(Por la izquierda.)* ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Desea usted ver al señor?

AUG. *(Examinándola.)* ¿Usted no será la cocinera?

EUF. Para servirle.

AUG. ¡No es posible!

EUF. ¿Por qué?

AUG. Por nada, por nada.

EUF. Puede que no lo sea mucho tiempo y que me vea con sombrero...

AUG. Ya, ya... (¡Se ve que hay gusto para todo!) Hágame el favor de preguntar al señor coronel si puede recibirme.

EUF. ¿Al coronel Quintanilla, el dueño de la casa?

AUG. Claro, al dueño de la casa.

EUF. No está aquí.

AUG. ¿Cómo que no está aquí?

EUF. Acaba de salir... *(Timbre dentro.)* Dispense. Voy a abrir, que la doncella marchó a un recado. *(Mutis foro.)*

AUG. Totó me dice que su padre está y la cocinera que no. ¿Qué enredo es este?

EUF. *(Volviendo.)* Señorito, ahí llegó precisamente el coronel.

AUG. ¿De dónde viene?

EUF. No sé. ¿Cómo voy yo a saber?

AUG. Pues él para usted no debe tener secretos.

EUF. ¿El señor coronel?

AUG. Vamos, no se haga de nuevas, que de sobra sabemos lo que se interesa por usted.

EUF. ¡Ay, madre! ¿También el coronel? Pues nunca me dijo nada.

AUG. A mí, sí.

EUF. ¿Se lo dijo? ¿Que está enamorado de mí? ¿Pero tan torpe soy yo ahora que no me doy cuenta de los que se me enamoran?

AUG. *(Aparte.)* (¿Si habré metido la pata? Pero, no... Es que intenta disimular. Bien claro dijo antes...)

EUF. Voy a decirle que usted le espera. *(Va hacia el foro.)* Señor, señor, ¿qué les daré? *(Vase por el foro para volver enseguida, introduciendo al coronel Quintanilla, al que mira con ridículo arrobo y coquetea cómicamente al hacer mutis. El mira extrañado.)*

QUINT. *(Entrando.)* ¿Cómo ha venido usted aquí?

AUG. *(Aludiendo a Eufrasia, que sale.)* Es muy interesante.

QUINT. ¿Quién?

AUG. La persona que acaba de salir de aquí.

QUINT. ¿Eso? ¡Valiente fiera!

AUG. *(Aparte.)* (Pues no hay duda que he metido la pata.)

QUINT. Yo le esperaba a usted en el balcón, y en esto le veo entrar en el portal, salgo impaciente, y veo que el ascensor sigue subiendo. Llamo al portero y me dice que había usted subido al tercero sin preguntar nada.

AUG. ¿Y para qué iba a preguntar? Ya me había dicho su hija que vivían en el tercero.

QUINT. *(Saltando indignadísimo.)* ¿Cómo? ¿Ha contado usted a mi hija lo que habíamos hablado, faltando a su palabra? ¡Hombre!...

AUG. No, no. (*Muy azorado.*) ¿Cómo puede usted pensar? Es que hablamos antes... Recayó la conversación sobre los pisos... es un tema obligado. Su hija me dijo que vivían ustedes en el tercero...

QUINT. Debió usted entender mal. Aquí vive el señor Maldonado.

AUG. ¿Eh? ¡No es posible!... (*Dudando.*) No lo entiendo. Acabo de hablar con una persona que me ha dicho que esta es su casa de usted...

QUINT. Otro error... Habrá aludido a la propiedad del inmueble. En fin, para el caso es lo mismo o casi mejor, porque aún no he podido hablar con mi prometida, darle la noticia, tantear su ánimo... Así es que voy a rogarle que vuelva dentro de media hora...

AUG. Pero a ver si yo logro... ¿Aquí quién vive?

QUINT. El señor Maldonado, íntimo amigo nuestro. Un profesor que da conferencias muy amenas, amenísimas... Mire, en vez de irse por ahí a hacer tiempo, podía usted hablar un rato con él. Se lo agradecerá y usted lo pasará muy bien. Así disculpamos esta entrevista en su casa. *(Llama al timbre.)* Pues si se entera le extrañará. (*Entra Eufrasia.*) Diga a don Angel, que este señor viene a verle a él. Que quiere hablarle.

EUF. (*Entre dientes.*) Yo también quiero hablarle, pero tiempo tendré... *(Pasa y hace mutis por el foro hacia la derecha coqueteando ridícula.)*

AUG. ¿Entonces, esta no es la cocinera de usted?

QUINT. ¿Está usted loco? Regina no es una mujer vulgar.

AUG. ¿De veras?

QUINT. Es joven y bonita, distinguida y bien educada...

AUG. ¿No estará usted ofuscado por la pasión?

QUINT. ¿A qué viene esa pregunta?

AUG. Hace un momento me han asegurado que su cocinera no es lo que usted dice.

QUINT. (*Enfurecido.*) ¿Pero es que usted habla de un asunto

tan delicado con todo el que se presenta? ¿No le exigí el secreto? ¡Hombre! ¡Hombre!

AUG. No, no. Verá usted, es que...

QUINT. Ya, ya me dará una explicación. Ahora no quiero que me vea don Angel, hasta la vista. (*Vase por el foro hacia la izquierda.*)

AUG. ¿Y qué le cuento yo ahora a este señor? (*Sale don Angel Maldonado.*) (¡Caramba, si es aquel señor que me suspendió en Metafísica en Santiago!) Mi querido señor Maldonado...

MAL. Mucho gusto, no recuerdo... Usted me dirá...

AUG. Fuí discípulo de usted en Santiago...

MAL. No le extrañará que no le recuerde... ¡He tenido tantos discípulos en mis largos años de catedrático!... Por millares podría contarlos... Y si añade usted que soy mal fisonomista y un poco distraído... apenas si recuerdo a media docena....

AUG. Me hago cargo, sí señor... Además sólo fuí a examinarme...

MAL. ¡Ah, ya! ¿De Metafísica? ¡Claro, yo tenía fama de no suspender a nadie!... ¿Cómo es su gracia?

AUG. Augusto del Cepillo.

MAL. ¡Caramba, el de las dieciocho!

AUG. ¿Cómo?

MAL. Que usted es el de las dieciocho recomendaciones. Uno uno de los cinco.

AUG. ¿Cómo?

MAL. Uno de los cinco que he suspendido en veinte años.

AUG. Sí, señor. Entonces era yo muy mal estudiante, pero ahora, en cambio, tengo verdadera pasión por la Metafísica. No pierdo ni una sola de las conferencias de usted.

MAL. ¿De veras? Pues en ellas poca Metafísica puede usted aprender.

AUG. No sea usted modesto, don Angel.

MAL. No, hijo; si es que mis conferencias son sobre pedagogía.

AUG. (¡Bravo!)

MAL. (Este muchacho no está bien de la cabeza.)

ANG. (*Por el foro.*) Señor. Una señorita quiere hablarle sobre el trabajo que he llevado a la Revista...

MAL. Que pase.

ANG. (*Al paño.*) Pase usted.

EVA. (*Por el foro. Perfecto tipo de señorita estudiante. Un fieltro sin adornos. Gafas.*) Señor Maldonado, querido maestro. El director me ha encargado que le transmita sus observaciones. Yo he recibido gustosa el encargo (*Emocionada.*) porque me permite conocer personalmente a un hombre tan eminente al que toda la Universidad, toda la Residencia veneramos como a un ver-

dadero santo laico. (*Reverencias de don Angel Maldonado, hecho jalea.*) Como a un apóstol de la sabiduría y la austeridad...

MAL. Señorita, es usted muy amable. Hágame el favor de pasar a la biblioteca. Soy con usted en seguida. (*A Angela.*) Acompañe usted a la señorita. (*Se van Eva y Angela por la derecha.*) Usted me dispensará, estoy muy ocupado... Muy ocupado.

AUG. (*Que no se ha movido.*) Por mí, no se moleste. Le espero aquí.

MAL. Siento tener que dejarle....

TOTO. *(Por la derecha.)* ¡Ay! *(Se detiene al ver a Augusto.)*

MAL. Llegas a propósito. Voy a presentarte a un antiguo alumno, don Augusto del Cepillo. Mi hija.

TOTO. *(Que sospecha que su padre prepara algo.)* ¿De modo que un antiguo alumno? (*Se estrechan la mano.*) Mucho gusto.

AUG. (*Muy extrañado.*) Señorita...

MAL. Hazle compañía un momento. Me espera una redactora de la Revista. En seguida salgo. (*Vase por la derecha.*)

AUG. No sabe usted cuánto celebro que nos veamos un momento a solas. ¿Qué significa todo este lío? ¿Qué conspiración es esta? ¿A qué viene que ese señor la presente como su hija, si usted no lo es?

TOTO. ¿Cómo que no? ¡Claro que soy su hija!

AUG. ¿Luego tiene usted dos padres?

TOTO. ¿Dos padres?

AUG. ¿Es usted ahora la señorita Maldonado?

TOTO. Ahora y siempre.

AUG. Hasta hace un momento era usted la señorita de Quintanilla.

TOTO. ¿Yo la hija del coronel?

AUG. Empieza usted por decirme que vive en el tercer piso y resulta que vive en el principal.

TOTO. ¡Claro que vivo en el tercero!

AUG. ¿Entonces no es usted la hija del coronel Quintanilla?

TOTO. ¡No lo he sido nunca!

AUG. Hace dos horas me lo aseguraba usted.

TOTO. ¡Usted está más loco que mi padre!

ANG. (*Anunciando.*) El coronel Quintanilla.

AUG. Ahora vamos a poner las cosas en claro.

QUINT. (*Saludando a Totó.*) ¿Qué tal, señorita?

AUG. ¿A qué viene tan estúpida comedia? ¡Ya estoy harto! *(A Quintanilla.)* ¿A qué tanta ceremonia con su hija? *(A Totó.)* ¿A qué tanto cumplido con su padre?

TOTO. Si este señor no es mi padre.

QUINT. Si yo no tengo más que una hija.

AUG. Entonces, todo ha dado la vuelta en dos horas... Usted ha cambiado de padre y usted ha cambiado de hija.

QUINT. ¡Este muchacho está loco!

TOTO. Está loco o aquí hay algo que no entendemos. (*Sale Maldonado por la derecha.)*

AUG. Esto nos lo va a explicar. Señor Maldonado...

MAL. Hola, aún está aquí el señor Carrasquilla...

AUG. ¿Cómo Carrasquilla? ¡Augusto del Cepillo!

MAL. Es verdad. Esta cabeza mía. Le confundía a usted con otro de los cinco.

AUG. Usted es una persona respetable, incapaz de una broma.

MAL. Cierto. Soy muy serio, muy serio.

AUG. Acaba usted de presentarme a esta señorita como su hija, pues bien, este señor pretende que lo es suya.

QUINT. ¡Yo jamás he dicho tal cosa!

MAL. (*Sonriendo benévolo.*) Si no supiera que en 1903 el coronel estaba en Canarias y que usted está perturbado por los estudios metafísicos...

AUG. ¡Ah! ¿Sí? ¿Quién de ustedes dos estuvo en mi casa de la calle del General Pardiñas?

QUINT. ¡Qué pregunta! Yo.

TOTO. ¿Cómo? ¿Fué usted?

QUINT. ¡Claro!

MAL. (*A Quintanilla.*) Oiga, oiga, coronel, que ya me voy escamando. ¿Qué significa todo esto? (*Hablan.*)

TOTO. (*Aparte a Augusto, rápido y vivo.*) Aquí se ha producido un error monstruoso. Mi padre no sabe nada y es preciso que no lo sepa. Va en ello mi reputación, tal vez mi vida.

AUG. Descuide usted. Yo soy un caballero.

QUINT. (*Que ha hablado unas palabras con Madonado.*) Le repito a usted que no lo entiendo. Pero vamos a aclararlo. (*A Augusto.*) ¿Quién era la señorita que estaba con usted en su casa?

AUG. No lo sé.

QUINT. ¿Cómo que no lo sabe usted? ¿No era mi hija?

TOTO. Claro. Ahora acaba de decírmelo.

QUINT. ¡Ah, ah!... Es que aún no he hablado yo con ella, porque no ha vuelto, pero voy a ver y la traeré. (*Mutis foro, dejándose la gorra sobre el velador.*)

TOTO (*Aparte a Augusto.*) Váyase, váyase. Es lo mejor.

MAL. (*Que coge el gorro de Quintanilla y va tras el coronel.*) Coronel, tenga. (*Se vuelve.*) Pero, vamos a ver. Explíqueme todo esto.

AUG. ¡Ah, explicar!... Explicar... Hay cosas que no deben explicarse. Recuerde usted la metafísica... (*Vase por el foro.*)

MAL. (*A Totó.*) ¿Qué significa esto?

TOTO. Que está loco, papá, que está loco. (*Vase por la derecha.*)

MAL. No, no. Aquí hay algo más; escucha... (*Vase tras ella.*)

ANG. (*Introduciendo a Gómez.*) Sí señor, en efecto. El coronel había subido hace un momento. Debe estar en la biblioteca con el señor. (*Vase foro hacia la derecha.*)

GOM. Al fin voy a encontrar al coronel Quintanilla y podré deshacer este error de mi ayudante. En su casa me han dicho que salió, pero que debió subir aquí, pues no tomó el sombrero, sino la gorra de cuartel. (*Entra Maldonado trayendo en la mano el gorro del coronel.*) ¡Ah, no sabe usted que alegría me da encontrarle, caballero. Hace dos horas que le sigo para reparar mi enorme falta. Puede usted estar tranquilo. La señorita que estaba en casa del joven no era la de Quintanilla. Era la señorita de Maldonado.

MAL. ¿Eh? ¿Qué dice usted? ¡Espere!

GOM. No, no admito nada. Me basta con la satisfacción de haber evitado un disgusto. ¡Qué rato he pasado creyendo que había habido tres muertos. (*Vase corriendo por el foro.*)

MAL. (*Cayendo abrumado en una butaca.*) ¡Ay! ¡Esto es demasiado para mi pobre cabeza!

EUF. (*Entra sigilosamente y al ver sentado a Maldonado se acerca muy cariñosa.*) Señor... Yo necesito decir una cosa al señor...

MAL. Déjeme usted. Ahora no puedo escuchar nada...

EUF. Mire que es muy importante... Que le interesa mucho.

MAL. ¿De qué se trata?

EUF. De los amores de una rapaza...

MAL. (*Cogiéndola las manos.*) ¿Cómo? ¿Sabe usted algo?

EUF. Sí, sé; sí, sé... Sé que también yo le quiero a usted mucho. (*Emocionada cae en sus brazos en el momento en que sale por la derecha Eva con unos papeles.*) Mucho, señor...

EVA. ¡Ah! ¡Ah! (*Cuadro.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior, pero con distinto mobiliario, de manera que la transforma por completo. Los muebles de sala, son lujosos y variados. En las paredes, cuadros y tapices. En los huecos, buenas cortinas. Luz eléctrica.

Al levantarse el telón entran por el foro TOTÓ y AUGUSTO, precedidos de ANTONIA, doncella del señor QUINTANILLA.

AUG. Haga el favor de anunciarme al señor Quintanilla.

ANT. El señor coronel no está en casa.

TOTO. ¿Tardará?

ANT. Seguramente no. Es la hora de preparar la comida. La cocinera, no puede tardar, y cuando regresa la cocinera, ya se sabe, el señorito se presenta en casa. *(Vase.)*

TOTO. ¿Sabe usted que es una alhaja esta doncellita?

AUG. Muy discreta.

TOTO. Si se despide de aquí no la busque usted en mi casa.

AUG. *(Sentándose.)* Ya ha conseguido usted traerme a casa del coronel Quintanilla. ¿Qué le digo ahora a este señor?

TOTO. Muy sencillo. Deje correr los hechos, deje que siga creyendo que la que estuvo esta tarde en su pisito de Pardiñas fué su hija...

AUG. Pero yo no puedo mentir así...

TOTO. ¿Es usted o no caballero?

AUG. Creo que le he dado pruebas.

TOTO. Entonces mienta. Su deber es impedir que sobre mí recaiga la menor sospecha. El más leve recelo que pueda empañar mi reputación.

AUG. Así se lo he prometido, pero con lo que me propone, esas sospechas van a recaer sobre una inocente...

TOTO. Siempre es menos grave que se sospeche de una inocente. Ella se puede defender mejor que yo.

AUG. Tiene usted una idea muy original de los deberes de un caballero.

TOTO. Sólo sé una cosa. Que tiene usted que salvarme ya que por usted me veo en este compromiso.

AUG. Le diré a usted...

TOTO. No me diga nada. ¡Tantos sacrificios como estaba usted dispuesto a hacer por mí!

AUG. ¡Pues los que ha hecho usted por mí!

TOTO. Silencio, que aquí llega la hija del coronel.

FEL. *(Por el foro, es una mujer que está en su segunda edad. No es bonita; usa lentes.)* ¿Qué tal, Totó?

TOTO. Muy bien, ¿y tú? He bajado a ver a tú papá con este caballero... *(Presentando.)* Don Augusto del Cepillo...

AUG. Mucho gusto. *(Se dan la mano.)*

FEL. Con permiso de ustedes. Voy a quitarme el sombrero y a dar una orden. Vuelvo en seguida.

TOTO. No te molestes. Yo vuelvo a casa en cuanto deje a este señor con tu padre.

FEL. Un momento. *(Mutis izquierda.)*

AUG. ¿Y esta es la mujer con quien me quiere usted casar? No hay derecho, Totó, no hay derecho.

TOTO. No hace falta que llegue usted a casarse. Bastará con unos días de relaciones para probar la coartada.

AUG. Para probar que soy un héroe.

TOTO. Exagera usted. A lo mejor termina enamorándose de ella.

AUG. ¡No y no! ¿No se da usted cuenta de que me pide un imposible? ¿No comprende que no tenemos derecho a comprometer a esa pobre criatura? Sería cruel, inícuo. No puede exigirme que la calumnie...

TOTO. Yo sólo le exijo que me salve. Usted verá cómo. *(Se va por el foro, hacia la izquierda.)*

AUG. No es posible... Todo lo que hay en mí de noble se rebela ante la idea de comprometer a esa pobre mujer, de engañarla fingiéndola un amor...

QUINT. *(Por el foro.)* No sabe usted cuánto celebro encontrarle.

AUG. ¿Qué tal, señor Quintanilla?

QUINT. ¿Querrá usted creer que Regina no se fía de mí?

AUG. ¿Regina?

QUINT. Sí, mi prometida. Ya puedo decirlo. No cree que usted se va a casar con mi hija.

AUG. La verdad es que...

QUINT. Nada, nada. Va a hacerme un favor. Asegurárselo usted mismo... *(Va hacia la izquierda.)* ¡Regina... un momento! *(Entra Regina; es una mujer joven y guapa; viste bien. Sólo revela su oficio por un blanquísimo delantal blanco pero de forma coquetona.)* Mi querido amigo, tengo el gusto de presentarle a la señorita de Esparraguirre.

AUG. Encantado. *(Aparte a Quintanilla.)* Encantado de veras.

QUINT. *(Aparte a Augusto.)* ¿Eh? Como dicen ahora... es jamón, ¿no?

AUG. Es pavo trufado.

REGINA. ¿Decían ustedes?

AUG. Encomiábamos su belleza con símiles culinarios.

REG. Muchas gracias. *(Aparte a Quintanilla.)* No es posible que este muchacho...

QUINT. Vas a convencerte. *(Alto.)* Vaya otro símil. Tal vez usted se extrañe apreciable Regina, de que el señor llame a la cocinera para presentarle un pollo fuera de la cocina, pero es que este que tiene usted delante va a ser en breve mi hijo político. *(Se vuelve sonriente hacia él.)*

AUG. En efecto, abrigo esa esperanza.

REG. Ante una declaración así, no tengo más remedio que felicitarle.

QUINT. Pero, siéntense ustedes. *(A Augusto.)* Regina en esta casa no es una sirviente, es una amiga, una deuda... Usted me entiende.

AUG. Una deuda que usted quisiera convertir en perpetua...

QUINT. Exacto. Muy feliz, sí, señor, muy feliz. La señorita de Esparraguirre era hija de un acreditado agente de aduanas en Irún.

REG. ¡Pobre papá!

AUG. ¿Murió?

REG. De un tiro en el pecho el primer día de la batalla del Marne.

AUG. ¿Era soldado francés?

REG. No. Lo mató por equivocación un carabinero en la frontera. Pero dió la casualidad de que fué el primer día de la batalla del Marne. ¡Pobre papá!

QUINT. La infeliz se emociona mucho cada vez que se acuerda de sus desgracias.

ANT. *(Por la izquierda.)* ¿Se puede?

QUINT. ¿Qué busca usted?

ANT. Vengo a decir a Regina, que los salmonetes se están pegando.

QUINT. ¡Sepárelos usted!

REG. No. Cada cual a su obligación. Voy, con permiso de ustedes... *(Vase con Antonia por la izquierda.)*

QUINT. ¿Qué le parece?

AUG. Deliciosa. Además, predispone en su favor esta manera tan digna y noble de afrontar su desgracia. Otra, con su belleza, hubiera seguido un camino equívoco y ella en cambio, se resigna a servir, olvidando su anterior posición... Un encanto, sí señor. Un encanto de mujer.

QUINT. Y guisando es una perla. Créame que si algo dudo al querer hacerla mi esposa, es por lo que siento perder a la cocinera.

AUG. Lo comprendo perfectamente. Su porvenir de usted es lógico y venturoso, mientras que el mío...

QUINT. ¿Qué quiere usted decir?

AUG. Nada, nada. (¡Ay, Totó, cómo me has puesto!)

QUINT. Ahora que ya está todo resuelto puede usted hablar con mi hija. Quiero que esto vaya por la posta.

AUG. Yo no tenía ninguna prisa.

QUINT. ¿Qué dice usted?

AUG. Que por mí, lo mismo da este año que el que viene...

QUINT. Pues por mí, no. ¡Qué juventud esta!... Por más que no me diga. Seguro estoy de que después de lo ocurrido, está usted rabiando por verla.

AUG. ¡Ah, sí! ¡Eso sí! ¡Estoy rabiando!

QUINT. Pues ya debe haber vuelto. Voy a avisarla. *(Sonriendo benévolo.)* Y me entretendré un rato por ahí... Voy a ver en qué ha quedado esa colisión de los salmonetes. *(Le da unas*

palmaditas paternales en el hombro.) No se impaciente que enseguida la va usted a tener aquí.

AUG. *(Aparte.)* ¿Y qué le digo yo?

QUINT. *(Que lo oye.)* ¿Qué le va a decir?... Un hombre enamorado que se pregunta qué va a decir a la novia cuando acaba de vencer la terrible resisencia paterna... ¡Qué juventud esta!... Voy, voy a llamarla... *(Medio mutis.)* ¡Ah! Confío en su caballerosidad en el tiempo que tarde en hacer la descubierta por la cocina. *(Mutis derecha.)*

AUG. ¿Y cómo salgo yo de esto? Pero Señor, Señor, ¿por qué se me ocurriría a mí ir aquélla tarde por Diego de León y por qué se le pincharía una cámara a esa benditísima de Totó?... Es absurdo que a un hombre se le ocurra dar un paseo y mucho menos por las afueras. Cada cual debe pasear en su casa...

FEL. *(Por la izquierda.)* Usted dispense. Estaba disponiendo unas cosas. Entre el Patronato del Niño Descalzo, la Junta del Hospital de irremediables, la visita domiciliaria... Apenas paro en mi casa. Mi padre acaba de decirme que desea usted hablar conmigo...

AUG. Sí, señorita... tengo que hablarla. Pero no sé como... Se trata de un asunto tan delicado...

FEL. ¿Alguna recomendación urgente para el Asilo? ¿Tiene usted algún enfermo grave?

AUG. ¡Ojalá!

FEL. ¡Caballero!

AUG. No he estado feliz en la expresión... He querido decir que desgraciadamente, que afotunadamente no se trata de eso. No... Aquí, lo grave es el asunto.

FEL. Comienza usted a inquietarme.

AUG. Pues... No voy a tener más remedio que seguir inquietándola... Su señor padre se halla en una situación especial..

FEL. Sí, lo sé. Se ha empeñado en quedar como disponible.

AUG. No, no me refiero a su situación militar, sino a su estado, a su...

FEL. *(Alarmada.)* ¿Acaso se encuentra enfermo?

AUG. No... A menos que usted considere una enfermedad la sospecha.

FEL. ¿La sospecha?

AUG. Sí, su papá sospecha que usted ha coqueteado con un joven.

FEL. *(Muy alarmada.)* ¡Ay, Virgen Santísima!

AUG. Comprendo que se sienta usted indignada.

FEL. ¿Dios mío? ¿Cómo ha podido notarlo?

AUG. *(Estupefacto.)* ¿Qué?... ¿Es cierto?

FEL. ¡Qué horror! Yo que creí haber tomado todas las precauciones...

AUG. (¡Bonito chasco! ¡Soy el niño de las planchas!)

FEL. ¡Ay, caballero, estoy consternada! Mi padre que es tan severo...

AUG. (Y a mí que me repugnaba calumniarla y que me hubiera dejado de cortar una mano...)

FEL. Me matará...

AUG. Cá, no lo crea usted...

FEL. Indudablemente... No puede usted imaginarse como se entusiasma viendo a Borrás «El Alcalde de Zalamea» a pesar de ser militar.

AUG. No tenga usted miedo. Tiene otra idea.

FEL. No lo conoce usted.

AUG. Vaya si lo conozco. Su padre es un hombre comprensivo, moderno. Sabe que nada reprochable ha podido usted hacer y ha tomado con perfecta calma la única resolución natural y lógica. Ha decidido que se case usted con su novio.

FEL. *(Aterrada.)* ¿Qué me case con mi novio?

AUG. No veo el por qué de esa alarma...

FEL. *(Cada vez más apurada.)* ¿Ha decidido que me case con mi novio?

AUG. Sí.

FEL. Pero... ¿con cuál de ellos?

AUG. ¿Eh?... ¿Tiene usted dos novios? ¡Caramba!...

FEL. *(Ruborosa.)* ¡Tres!

AUG. ¡Carambola!

FEL. Tres que al menos se creen con derecho a ese título. Un estudiante de farmacia que vive ahí enfrente, un capitán al que veo los veranos en Santander, y un comerciante poeta, el dueño de «La blonda de chantilly»... ¿Quién dice que no a un hombre enamorado?

AUG. ¡Ah, ah...! ¿Despierta usted pasiones?

FEL. Eso me juran, pero no crea que yo soy de las que se envanecen. Yo quiero casarme, pero por amor. Tengo tres novios y algún flirt para cerciorarme de cual es el que viene por mí y no por el dinero...

AUG. Es verdad, que usted es millonaria...

FEL. Por eso, si alguno me dice: rica mía, me escamo, y si no me dice que rica eres, me escamo lo mismo, pues la reserva en el piropo puede ser premeditada.

AUG. Realmente, esa amplitud de su corazón, complica algo la cosa, pero tranquilícese, su papá no sabe nada de eso.

FEL. ¿No lo sabe?

AUG. No. Su padre cree que tiene usted un flirt único, y que ese flirt es conmigo.

FEL. *(Aproximándose a él.)* ¡Ah! ¿Con usted?

AUG. *(Retirándose.)* Conmigo.

FEL. ¿Y cómo ha podido suponer eso? *(Se acerca.)*

AUG. Ya se lo explicaré despacio. Por el momento, lo que nos interesa, es que ambos salgamos del compromiso.

FEL. *(Melosa, aproximándose.)* ¡Oh, quedaré encantada, pudiendo salvarle a usted de cualquier apuro.

AUG. *(Retrocediendo.)* Pues se lo agradeceré muchísimo.

FEL. No, no me agradezca. Será un verdadero placer para mí. Me ha sido usted muy simpático, muy simpático. ¿Qué hay que hacer?

AUG. Su papá cree que usted ha cometido la imprudencia de visitarme en mi cuarto de soltero...

FEL. ¿Dónde vive usted?

AUG. *(Sin hacerla caso.)* Y juzgando que su honor está en entredicho, exige que nos casemos.

FEL. *(Interesada y satisfecha.)* ¡Ah! ¿Sí?

AUG. Por lo tanto, es necesario que usted declare rotundamente que no quiere casarse conmigo.

FEL. ¿Que no quiero?

AUG. Claro. Es necesario que se niegue.

FEL. Va a ser muy desairado para usted.

AUG. No importa. Yo estoy por encima de esas bagatelas. He prometido a su papá casarme con usted.

FEL. Muy agradecida...

AUG. No, no me lo agradezca. Fué un error. Además, me lo exigió. Por eso es preciso que usted se niegue en redondo.

FEL. ¿Y si me pregunta el motivo?

AUG. Pues... Le dice usted que no simpatizamos.

FEL. ¿Cómo va a parecerle verosímil, siendo usted la simpatía misma? *(Acaramelada.)*

AUG. Muchas gracias... Se buscará otro pertexto. Por ejemplo, mi apellido, por el que ya me dió calabazas una muchacha en Valladolid.

FEL. Y, ¿cómo se apellida usted?

AUG. Me llamo Augusto del Cepillo. Usted puede decir que casada conmigo se vería objeto de continuas bromas, pues le llamarían la señora del Cepillo.

FEL. ¡Bah, ya se cansarían!...

QUINT. *(Entrando.)* Qué, ¿han hablado ustedes?

AUG. *(Aparte a Quintanilla.)* (Nada, no logro convencerla.)

QUINT. ¿Cómo?

AUG. Se niega a casarse conmigo.

QUINT. *(A su hija.)* ¿Y por qué te niegas? ¿Tienes algún motivo?

FEL. Es que...

AUG. Concretamente no tiene ninguno. Mi apellido propicio a la chirigota...

QUINT. ¿Crees que después de haberte comprometido tan imprudentemente puedes negarte ahora?

FEL. Mira, papá...

AUG. Dice que la inocente visita de esta tarde no la compromete a nada. Dice que lo ha pensado mejor, dice que tiene miedo al matrimonio...

QUINT. ¿Todo eso dice? ¡Si no ha despegado los labios!...

AUG. Me lo dijo antes. Ahora, la presencia de usted, la atemoriza.

QUINT. Además, no te comprendo. Si escuchaste a este joven, si aceptaste una entrevista en su casa, sería porque te era simpático.

AUG. Pues eso es lo curioso. Dice que le soy más antipático que una moto.

QUINT. *(Extendiendo los brazos.)* ¡Felicidad, Felicidad, vuelve a él!

AUG. *(Extrañado.)* ¿Es un conjuro?

QUINT. Es que reconvengo a mi hija.

AUG. (Se llama Felicidad... ¡qué monada!)

QUINT. Felicidad, es preciso que me digas por qué rechazas a este caballero.

AUG. No puede, no puede. ¿No ve usted en qué estado de abatimiento se encuentra? Déjela, déjela. Y usted, señorita, márchese. Le va a dar un ataque si continúa así. *(La empuja hacia la izquierda.)*

QUINT. *(Queriendo ir tras ella.)* Voy a tratar de convencerla. *(Ademán amenazador.)*

AUG. No lo logrará.

QUINT. Eso, lo veremos.

AUG. Además, sería inútil. Mi amor propio está herido y yo también me niego. Renuncio a la felicidad. Los Cepillos somos así.

QUINT. ¡Bah! Ese despecho se le pasará a usted en cuanto ella le haga unas cuantas carantoñas. Está usted muy enamorado. *(Vase por la izquierda.)*

AUG. ¡Como un loco!

TOTO. *(Entrando muy agitada por el foro.)* ¡Ay, mi querido amigo! Mi padre lo sabe todo. Acabo de hablar con él... Si le hubiese usted visto... Seco, frío... Parecía la estatua del Comendador. Al salir le he observado por la cerradura. Hablaba sólo. No pude oír lo que decía, pero hablaba sólo, y cuando mi padre se da conferencias a sí mismo, es que le sucede algo grave.

AUG. Pero, bien...

TOTO. Lo sabe todo.

AUG. No es posible.

TOTO. ¿Ha visto usted al coronel? ¡Sigue creyendo que fué su hija la que estuvo en su casa?

AUG. Está convencido en ello y cada vez más empeñado en casarme.

TOTO. ¿Y qué le importa a usted? No queriendo ella...

AUG. Es que la veo dispuesta al sacrificio... A poco que la apremie su padre, cae en mis brazos.

QUINT. Pues si no hay otro remedio... Cásese.

AUG. ¿Está usted loca? ¡Hasta ahí podíamos llegar!

TOTO. Me ha comprometido usted y las leyes del honor y la caballerosidad exigen que me dé usted una reparación.

AUG. ¡Bonita reparación, casarme con otra!

TOTO. Es un gran partido.

AUG. El partido por la mitad lo sería yo. ¡Pues sí que es bonita la tal Felicidad!

TOTO. Nada de ironías.

AUG. La ironía fué la del que bautizó con ese nombre.

TOTO. Sí, pero cinco o seis millones de pesetas no son de desdeñar.

AUG. No exageremos. Su padre me dijo que tres millones.

TOTO. Ah, usted no sabe la mitad. El coronel está arruinado. Acabo de enterarme por papá, que en el arrebato de la indignación y poniéndome ejemplos, me ha revelado el secreto del señor Quintanilla. ¿Sabe usted por qué quiere casarse con su cocinera?

AUG. Porque es una real moza.

TOTO. ¡Cá! Porque sabe en secreto que va a heredar cinco millones de pesetas de su tío Quico que ha muerto en Quito.

AUG. ¿Qué me dice usted?

TOTO. Lo que oye. Por eso le urge casar a su hija. Por eso ha dado motivo a esta espantosa confusión en la que hemos llegado a creer que mi pobre papá... ¡Ay, al volver a acordarme de él tiemblo! Tan digno, tan severo en cuestiones de honor, tan inflexible para todos, incluso para él mismo...

AUG. Bien, bien, pero Felicidad... ni con huevo hilado.

TOTO. Haga lo que quiera, pero tenga presente una cosa. Si dentro de media hora no se ha resuelto todo, si usted no me ha salvado, le digo toda la verdad a mi padre. Tiene usted suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles.

AUG. ¡Además del sable del coronel! (*Vase Totó por el foro hacia la izquierda.*) ¡Qué situación! No hay salida... Es decir, sí, Me voy sin que nadie se dé cuentá, tomaré un taxi con mil pesetas que debo tener encima y le digo que siga carretera adelante hasta las quinientas. El resto para la vuelta, para la vuelta de él, porque yo sigo alejándome. (*Se dirige hacia el foro.*)

QUINT. (*Sale seguido de Regina.*) ¿Cómo, se marcha usted?

No, no, espere. Le necesito. Regina pretende volverse atrás. Convénzala, por favor. Yo, en cambio, trataré de convencer a mi hija para que no le haga sufrir y acepte su mano.

AUG. Pero...

QUINT. Nada. La convenceré. Contra un padre no hay razón... (*Vase en actitud amenazadora.*)

AUG. (*Hace sentar a Regina y se sienta a su lado.*) ¿Por qué no quiere usted casarse con el coronel?

REG. ¡Si no le he querido nunca!

AUG. Sin embargo, usted se lo prometió.

REG. Se lo prometí porque me dejase en paz, pero le propuse una condición que juzgaba imposible. Que se casara antes su hija Felicidad. No me cabía en la cabeza que... ¡Ay, usted dispense!

AUG. ¿De qué?

REG. Por lo que he dicho impensadamente, porque después de todo, la señorita Felicidad no está mal.

AUG. Será de salud.... Es usted muy poco exigente.

REG. ¿Cómo?

AUG. Es verdad... Si... Yo... No, no está mal.

REG. En todo caso peor está su padre.

AUG. No sé, no sé... Porque mire usted que casarse con esta señorita un hombre como yo, en la flor de la vida...

REG. Y con el coronel una mujer como yo, en lo mejor de la suya....

AUG. Realmente...

REG. ¡Ay! Usted me conoce ahora... Con esta ropa, estropeado el cutis por el calor del fogón, quebrantada por los disgustos... Este no es mi verdadero aspecto...

AUG. Sin embargo, es un aspecto muy agradable. Se ve que no hay artificio, todo es natural... No va usted a darse un toque de barra ni un golpe de rimmel mientras fríe unas croquetonas.

REG. ¿De veras le parezco bien?

AUG. Me parece usted riquísima... Eso, riquísima.

REG. ¡Por Dios!... Hace dos años sí, entonces valía un poquillo. Mire usted, aquí tiene el coronel un retrato que yo conservaba en mi cuarto y que se ha empeñado en apropiarse... (*Toma de encima de un mueble un retrato pequeño.*) Es el último que me hice en Irún, cuando mi posición...

AUG. ¡Oh, está usted preciosa!... Pero la verdad, yo la encuentro ahora cien veces, millones, eso es, millones de veces mejor.

REG. ¿Sigue usted creyendo que debo casarme con el coronel?

AUG. Yo creo... No creo... En fin, no sé lo que creo, ni lo que dejo de creer. Sólo puedo decirle, encantadora Regina, que es usted adorable. (*Suspira.*)

REG. ¿Suspira usted?

AUG. Sí, pero de felicidad, de satisfacción. Es este el primer

rato agradable que paso desde hace muchas horas... A su lado siente uno feliz. Por mi gusto, ese momento se prolongaría eternamente. *(Le toma la mano.)*

REG. ¡Ay, amable joven, yo también soy muy desgraciada. *(Solloza.)*

AUG. Me llega usted al alma. Una mujer con sus méritos, debe ser feliz, muy feliz. *(La abraza.)*

REG. ¡Ay, un hombre que abraza como usted, tiene por fuerza que poseer un gran corazón!... Pero, ¿qué ha hecho usted de mi retrato?

AUG. No sé... Ah, sí. Me lo guardé distraído... Pero no se lo devuelvo por ahora. Me indigna que el coronel lo tenga, y lo tenga ahí... ¿Vuelve usted a llorar?

REG. Su cariñoso abrazo me había confortado durante un momento, pero al acordarme, al acordarme de mis desgracias...

AUG. Vamos, vamos. Seque esas lágrimas. *(Ella sigue sollozando y él la abraza cariñosamente. En esta actitud los sorprende Quintanilla, que entra por la izquierda.)*

QUINT. ¡Canario! ¡Me gusta!

AUG. A mí también, sí, señor. *(Se levantan.)*

QUINT. ¿Y la abraza usted?

AUG. ¿Qué iba hacer? ¿Se puede hacer otra cosa con una mujer que llora, si es bonita? Con las mujeres, lo mejor es la suavidad, la persuasión...

QUINT. ¿Y qué? ¿La ha convencido?

AUG. Está durilla, durilla... Pero verá usted, acaba diciéndome que sí. ¡Pobre! *(La da un medio abrazo.)*

QUINT. Bien. Basta de suavidad y de persuasión. Yo hablaré con ella. Regina, ¿quiére usted hacer el favor de venir un momento a mi despacho?

REG. Como usted quiera. *(Vase el coronel con Regina por el foro hacia la derecha.)*

AUG. ¡Se la lleva!... Pues yo no me voy. No sé por qué ya no tengo ganas de huir de aquí... ¡Qué mujer más encantadora!... Luego, ¡qué feliz la puedo hacer con esos millones!... ¡Qué mezquinas, que ruines maquinaciones puede evitarle a la infeliz!... *(Escuchando.)* ¿Eh? ¡El señor Maldonado!... No, a este no tengo ninguna gana de verle. Aunque sea un abuso de confianza, me quedaré por aquí. *(Mutis por la derecha.)*

ANT. *(Introduciendo al señor Maldonado.)* Pase aquí. Voy avisar al señor.

MAL. No tengo prisa. *(Vase Antonia.)* Mi hija ha estado en casa de un hombre soltero... *(Se pasea.)* ¡Es increible, es monstruoso, pero es cierto! ¿Qué hago?... *(En tono declamatorio.)* ¿Qué debe hacer, ah, señores, un hombre de mis principios, de

mi rectitud inquebrantable, en esta situación?... *(Se sienta y distraído toma como pañuelo un pañito de encaje de una butaca.)* Y luego ese ataque de locura de la cocinera que se echa a mi cuello, diciéndome que está enamorada de mí... ¡Qué horror!... ¡Qué desgracia tan grande que nuestra maldita belleza varonil levante pasiones semejantes!... Y todo en presencia de la señorita que venía a darme instrucciones del director de la Revista. Una muchacha seria e inteligente que se sabe de memoria mis artículos y acaba de llamarme santo láico... He tenido que decirle que la cocinera es hija de mi nodriza. ¡Yo, hermano de esa criatura inmunda!

QUIN. *(Saliendo.)* Querido don Angel... *(Regina sale trás él y hace mutis por el mismo término que desapareció Augusto.)* No sabe usted cuanto celebro su visita...

MAL. He venido... *(Se guarda el pañito después de limpiarse la nariz y doblarle.)*

QUINT. *(Sin dejarle hablar.)* Hace un rato le pedía consejo...

MAL. Ahora estoy muy preocupado... Muy preocupado.

QUINT. Seré breve. Verá usted. Oiga, don Angel... Esta tarde he sorprendido a mi hija en casa de un caballero desconocido...

MAL. ¡Ah, sí! Me alegro... Quiero decir que así podré saber lo qué ha hecho usted.

QUINT. Todavía nada definitivo. He hecho venir al seductor. Usted lo conoce. Es el joven que estaba antes en su casa...

MAL. ¡No es posible!

QUINT. ¿Por qué?

MAL. No, no. Está usted confundido. Ese joven no ha recibido en su casa a Felicidad.

QUINT. ¿Cómo que no?

MAL. Estoy muy bien enterado. La señorita que estaba con él, era otra.

QUINT. ¿Quién le ha contado a usted eso, si los dos han confesado?

MAL. ¿Su hija de usted también?

QUINT. También. Ahora verá usted. *(Llama.)* ¡Felicidad! ¡Felicidad! *(Entra Felicidad muy retocada y compuesta.)* Ven. Delante de don Angel puedes confesarlo todo. Ya sabes que es un espejo de moralidad. ¿Es cierto o no, que has aceptado una cita de Augusto del Cepillo en su piso de soltero, de la calle del General Pardiñas?

FEL. No lo niego.

MAL. (¿Me habré engañado?)

QUINT. Ahora vamos a ver qué opina don Angel...

MAL. (¿Luego no era Totó?)

QUINT. Lo ocurrido, según he averiguado...

MAL. *(Sin escucharle.)* ¡Qué peso se me quita de encima!

QUINT. Don Angel, ¿quiere usted escucharme un momento? Le decía que sorprendí yo mismo a mi hija en casa de ese joven...

MAL. ¡No sabe usted la alegría que me da!

QUINT. ¿Cómo?

MAL. No me haga usted caso. Hablaba de otra cosa. Pero, cuénteme usted. *(Sigue distraído.)*

QUINT. He decidido que se casen, ¿oye usted?

MAL. Es la solución más lógica.

QUINT. *(A Felicidad.)* Ya oyes lo que dice al árbitro.

FEL. ¡Ay, papá! ¡Qué más quisiera yo!

QUINT. Ya no tienes más remedio que aceptar. Le comunicaré la buena nueva a tu novio, que debe estar por aquí. Me parece que le he sentido... *(Abre la puerta de la derecha.)* ¿Aún sigue usted consolando a Regina? Venga usted, venga usted...

AUG. *(Saliendo.)* Es que... (¡Cataplún! ¡Maldonado!)

MAL. *(Yendo hacia él muy sonriente.)* Mi querido amigo... *(Le estrecha la mano.)*

AUG. ¿Eh?

QUINT. Don Angel, a quien acabamos de consultar, ha decidido que se case usted con la muchacha...

AUG. ¿Con cuál?

QUINT. ¡Hombre! ¿Con cuál ha de ser? ¡Con mi hija!

AUG. ¿Y qué tiene que ver él en este asunto?

QUINT. Lo hemos nombrado árbitro.

MAL. Me han nombrado árbitro, pero yo no estoy enterado...

AUG. ¿Que yo me? ¡Cá!

QUINT. Usted no tiene por qué intervenir ya que estaba rabiando por casarse y yo le he dado mi consentimiento. Se trataba de convencer a mi hija; ya está convencida.

AUG. *(Acercándose a Felicidad.)* ¿Usted ha dicho que sí?

FEL. No.

QUINT. ¿Cómo que no?

FEL. Sí.

AUG. ¿Que sí?

FEL. No sé... Yo no sé nada. No puedo contestar nada... *(Vase por la izquierda.)*

QUINT. Pero, escucha, espera... *(Vase tras ella herido y amenazador.)*

MAL. Celebro que nos hayan dejado solos. No sabe usted lo preocupado que me ha tenido hasta ahora mismo... Figúrese que un desconocido, sabe Dios con qué intenciones, me contó que la señorita que estuvo en su casa de la calle de Pardiñas... Prepárese a escuchar un absurdo...

AUG. Diga, diga.

MAL. Es para reírse. Era mi hija...

AUG. *(Riendo forzadamente.)* ¡Ah! ¡Qué gracioso!... ¿Y uién fué ese granuja?

MAL. No lo conozco, pero me gustaría volver a encontrarle.

ANT. *(Por el foro.)* Con permiso... Aquí hay un señor que esea ver a uno de ustedes... Creo que al señor... *(Por Augusto.)*

AUG. ¿A mí, aquí?... Que pase...

MAL. Verá usted cómo es él...

ANT. *(Al paño.)* Pase usted... *(Entra Carlos.)*

CAR. Me tenías alarmado, perdona. Llevo más de dos horas sperándote...

MAL. ¿Este señor...?

CAR. Un amigo íntimo. Me acompañó hasta la puerta de esta asa, se quedó esperándome, y como he tardado tanto... *(Maldonado habla sólo, se pasea y luego se sienta.)*

CAR. No me hubiera impacientado de no ver entrar y salir uno de los individuos que dieron el recadito por teléfono...

AUG. ¡Ah!, ¿sí?

CAR. Le abordé, me explicó el error y me dijo que había veido precisamente a aclararlo, pero ahora ha vuelto, y he subido ras él, porque, la verdad, ya me escamaba. Pero puesto que no ay nada, perdona. En la calle te espero... *(Medio mutis.)*

AUG. Otro señor que quiere entrar. No sé si busca a usted) al señor coronel.

MAL. Apuesto a que es el tal en cuestión. Ahora no me equioco.

AUG. Me alegraría.

MAL. Que pase.

GOM. *(Entrando; dirigiéndose a Maldonado.)* Caballero; ace un rato, cuando hablamos, usted me ofrecía una recompena por haber desvanecido el error... Mi primer impulso fué rehazarla, pero como los tiempos están tan malos...

MAL. Caballerete, es usted un impostor.

GOM. ¿Cómo?

MAL. Un sinvergüenza de la peor especie. *(A Augusto.)* El fué quien me lo contó.

AUG. *(Acercándose amenazador a Gómez.)* ¿Cree usted que es decente venir a calumniar a una señorita con noticias falsas?

GOM. ¿Cómo falsas? ¡Poco a poco! La primera vez pude equivocarme y molestar un poquito, pero lo que es ahora, estoy bien seguro. *(Saca una fotografía del bolsillo.)* ¿No es esta la señorita que estuvo en la calle del General Pardiñas?

AUG. *(Apoderándose rápidamente de la fotografía y guardándosela.)* ¡La misma!

MAL. A ver... A ver... *(Gómez mira impertinentemente a a Carlos, y éste hace lo mismo mientras hablan Maldonado y Augusto.)*

AUG. No merece la pena. Una fotografía vulgar. Un nue infundio...

MAL. Sin embargo, prefiero verla para acabar de tranqu lizarme...

AUG. No insista usted. No es posible.

MAL. ¿Va usted a despertar mis sospechas?

AUG. *(Se le ocurre una idea.)* ¡Ah! *(Saca de otro bolsillo fotografía de Regina.)* ¿Es esta su hija?

MAL. No. En efecto.

AUG. *(Aparte a Maldonado.)* (Se trata de una señora qu vive en esta misma casa. ¿Comprende usted ahora por qué n quería enseñarla?)

MAL. *(A Gómez.)* Salga usted en seguida de aquí.

AUG. Pronto, si no quiere usted salir por el balcón.

CAR. Ande, que no le perdono el susto y lo que nos ha hech correr...

GOM. ¿A usted?

CAR. A mí también, mamarracho. ¡Pues sí que tienen uste des una agencia acreditada!

GOM. ¡Ah, ya lo creo! A alguien puede que le valga millo nes una información nuestra. *(Mira con intención a Maldonado.*

AUG. ¿Quiere marcharse, o no?

GOM. *(Con mucha intención a Maldonado.)* No todos lo días se muere en América un tío Quico, y la Agencia «Ojo Avi zor» informa secretamente... ¿Eh? Ahí se queda eso para qu vean que uno no se chupa el dedo. *(Mutis por el foro.)*

CAR. ¿Qué dice?

MAL. ¡Qué indiscreción! Un secreto que a mí me había re velado el coronel...

AUG. Un secreto a voces, porque yo también lo sé...

REG. *(Por la izquierda.)* ¿No está aquí el coronel?

MAL. No... *(Mira a Regina y después consulta la fotografía.)* Esa cara... Sí. Es la señora de la fotografía.

AUG. *(Quitándole la fotografía.)* Sí, el coronel anda tras ella pero ya no se casan. ¡Cá! No se casan. ¿Lo comprende usted ahora?

MAL. Sí, sí... voy comprendiendo... (Cada vez lo comprendo menos...) *(Se sienta en una butaca.)* Esta es la que estuvo en casa de éste y si está en casa del coronel es porque ésta es la heredera del tío Quico... Clarísimo, diáfano, evidente...

QUINT. *(Saliendo.)* Ya he convencido a mi hija. Por las buenas, ¿eh?, pero la he convencido.

AUG. Es inútil. Don Angel acaba de decir que ese matrimonio es imposible.

QUINT. ¿Imposible?

AUG. ¿Lo ha decidido, ¿verdad?

MAL. Sin duda... (Sigo sin entender una palabra.) Soy el árbitro.

QUINT. No comprendo por qué ahora sale usted con esas...

AUG. Yo lo explicaré... (*Hablan aparte.*)

CAR. (*Que ha tratado de averiguar algo de lo que pasa, haciendo un gesto de extrañeza, hacia Maldonado que está retirado ensimismado en sus pensamientos.*) Usted caballero es el que va a hacer el favor de explicarme desde el principio lo que ha pasado aquí, porque creo que me voy a volver loco...

MAL. ¿Usted también? ¿Que le explique yo?... ¡Pues viene usted a buena parte!

EUF. (*Por el foro.*) ¿Hay permiso?

MAL. ¡Sólo faltaba ésta!

EUF. Señor, ya que no baja subo yo, porque quiero marcharme ahora mismo...

QUINT. ¿Qué es?

MAL. Déjeme, déjeme ahora....

EUF. No, no. Que el honor de una está en entredicho y por eso yo quiero marcharme. Si usted me enamora con buen fin, empiece por dirigirse a mi familia, que una no es ninguna inclusera. Escriba a mi tío Quico Redondela, que está en un pueblo de América que le dicen Quito...

MAL. ¿Cómo? (*Asombrado.*)

AUG. ¿Es esta la del tío? (*Interesado.*)

QUINT. ¿Eh?... Aclaremos, aclaremos... (*Interviniendo.*)

REG. Mi coronel, vengo a despedirme.

QUINT. ¿Se marcha usted?

REG. Sí, señor. Siento desengañarle, pero...

QUINT. Es un desengaño relativo... Muy relativo...

EUF. Señor coronel, según me han dicho, usted también me rondaba... Le digo lo mismo que a mi amo. Si viene con buen fin ha de dirigirse a mi tío, que es el mayor de la familia...

QUINT. Y me dirigiré, sí señora. ¡Vaya si me dirigiré! Harto de ingratitudes... (*Dirige una mirada de desdén a Regina.*) Lo que yo deseo es un corazón ingenuo... (*Casi la abraza.*)

MAL. Eh, poco a poco, coronel. (*La abraza también.*) A esta pobre muchacha la han sorprendido en mis brazos y yo no puedo consentir, dada mi alta moralidad, que su honor se vea comprometido...

EUF. ¡Ah, Santo Cristo de Congolledo, dos señores que se disputan mi mano!

TOTO. Papá, papá, ¿pero no subes? (*Entra.*)

CAR. (*A Augusto.*) ¿Quién es esta muchacha tan bonita?

AUG. ¿Te gusta

CAR. Una burrada.

AUG. Pues anda con ella, que será dueña de cinco millones de pesetas.

CAR. ¡Hija de mi alma! (*Se dirige hacia donde está Totó junto a su padre.*)

GOM. (*Por el foro; a Maldonado.*) Señor mío, ahora sí que estoy bien informado...

QUINT. (*Furioso.*) ¡Ah! ¿Usted...? ¡Este paga por todos! (*Coge un revólver y sale tras él.*)

GOM. ¡Socorro!... (*Sale corriendo. Tiro dentro.*)

TOTO. ¡Ay! ¡Le han matado!

AUG. (*Que ha ido al foro.*) No. Ha disparado al aire para asustarle. (*En seguida vuelve Quintanilla y se coloca junto a Eufrasia.*)

MAL. Los tiros son una cosa que me pone fuera de mí... Y como estoy ya nervioso... (*Se abraza a Eufrasia.*)

TOTO. A mí también...

REG. A mí, en cambio, los tiros me divierten.

AUG. ¿Que te divierten los tiros? ¡Pues ya tenemos casa! El piso de Pardiñas. Quedan ustedes invitados a la boda.

MAL. ¿Cómo?

CAR. (*Aparte a Totó.*) ¿Quién es esta señora?

TOTO. La cocinera del coronel.

CAR. ¿La co...? (*Se echa a reir.*) ¿No te dije? ¡Todo llega!

AUG. Todo llega, sí. Pero ¿qué tienes que decir de mi cocinera?

MAL. Y de la mía, ¿qué hay que decir? (*Abraza a Eufrasia.*)

QUINT. (*Disputándosela.*) ¿¡Eh!? ¿Cómo de la de usted? ¡Esta va a guisar para mí!

TELÓN

SINESIO DELGADO

Cabecita de pájaro

CUENTO INFANTIL EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SIETE CUADROS

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe Alfonso el día 20 de enero de 1910.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CABECITA DE PAJARO.....	Srta. Rodríguez.
CARLOTA	Sra. Torres.
LUISITA	Niña Garcés.
LA CAMARERA MAYOR.....	Sra. Molíns.
DOMINGA, *pastora*.....	Srta. Mateos.
GILDA	» Jiménez.
JAZMIN, *paje*.....	Sr. Porredón.
ANTON, *pastor viejo*.....	» Venegas.
EL PRINCIPE.....	» Lliri.
EL MAYORDOMO MAYOR.....	» Sánchez.
EL MEDICO.....	» Portillo.
BLAS, *labrador rico*.....	» Lliri.
BRITO, *pastor*.....	» Alverá.

Dos cortesanos, que no hablan.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Habitación de una casa modesta. A la derecha, colocada verticalmente a la batería, una cama pequeña, casi una cuna, rodeada de cortinas. La de frente al público, descorrida al empezar el cuadro. La de la derecha, viene a formar la pared de ese lado, y tiene en el centro una abertura. Los restantes muebles, pintados en el telón para facilitar las mutaciones.

ESCENA PRIMERA

LUISITA, acostada. CARLOTA, asomando no más que el busto entre las cortinas de la derecha. Al alzarse el telón se oye dentro y abajo una orquesta, que toca un vals brillante. El diálogo empieza al cabo de un rato.

CAR. No te dormirás si te empeñas en tener los ojos abiertos.

LUIS. Si los cierro, mamá; pero no me duermo. No me dejan esos hombres que tocan. Diles que se callen.

CAR. No puedo, hija mía.

LUIS. ¿Por qué?

CAR. Porque están en el principal. Es el santo del dueño de la casa, y tiene convidados y música.

LUIS. ¿Sí? Entonces ya sé para qué quieres que me duerma pronto.

CAR. ¿Para qué?

LUIS. Para ir tú a la fiesta y no llevarme.

CAR. ¿Yo a la fiesta? No, hija mía. A nosotros no nos convida el dueño de la casa. ¿Has visto la ropa que había en la canasta grande? Pues mientras tu papá copia papeles para el señor escribano, yo tengo que acabar toda esa labor esta misma noche, para entregarla en la tienda mañana tempranito. Puede que tú te despiertes al salir el sol, y nosotros no hayamos concluído todavía.

LUIS. ¡Pobrecitos papás! Voy, voy a dormirme. *(Pausa larga.)* ¡Ay!, pero esa música... ¿Por qué tocan a estas horas la música?

CAR. ¿No te lo he dicho? Porque hay baile en el principal. ¡Y estará tan hermoso! Han venido muchos señores muy finos, que no necesitan copiar papeles, y muchas señoritas muy guapas, que no tienen que acabar ninguna labor esta noche, y bai-

lan y se divierten y se ríen todos mucho. Para ellos toca esa música, unas veces aquí, otras veces en otra parte; pero toca siempre..., siempre.

LUIS. Pues yo no me voy a poder dormir. Cuéntame otro cuento.

CAR. ¿Otro? ¡Si te los he contado todos, y algunos dos veces!

LUIS. ¡No, no! Todos, no. El del pastor me falta.

CAR. Es verdad; se me había olvidado. Cierra, cierra los ojos y escucha. Este era un pastor...

LUIS. ¿Que tenía la pierna hinchada? ¡Ese no me gusta! ¡Ese no es un cuento!

CAR. Pues, ¿cuál dices?

LUIS. El del otro; el del pastor bueno que recogió a una niña. *(Cesa la música dentro.)*

CAR. ¡Ah, sí! Pues verás: Hace muchos, muchos años, antes de que Mambrú se fuera a la guerra, había un pastor muy viejo que tenía su cabaña en lo alto de un monte. Un día, cuando iba a dar de beber a su rebaño, se encontró a la orilla del río una niña muy pequeña, muy pequeña, que no sabía hablar todavía y que no tenía padre ni madre. Como era compasivo y de buen corazón, se la llevó a su cabaña y la crió con leche de sus ovejitas, hasta que fué creciendo, creciendo, y llegó a ser la envidia de todas las zagalas de los contornos. Pero salió tan atolondrada y tan sin juicio, que se pasaba los días haciendo castillos en el aire. Unas veces decía que quería ser reina para vivir en un palacio y mandar en muchos hombres; otras, que no quería salir de un valle florido para apacentar corderos blancos coronada de rosas, y otras, que quería cruzar los mares para conocer otros pueblos y otras gentes y gozar de la vida. Por eso, y porque nunca se supo su verdadero nombre, el pastor viejo la llamó «Cabecita de pájaro», y por «Cabecita de pájaro» la conocían también los zagales y los labriegos. Unas noches, al dormirse como yo quisiera que te durmieras tú ahora, soñaba que se la aparecía un cortesano vestido de púrpura y de tisú de oro, y que la preguntaba: «Cabecita de pájaro», ¿quieres venir conmigo y te llevaré a casarte con el hijo del rey?» Y otras noches se figuraba que venía un pastorcillo muy galán y la decía: «Cabecita de pájaro», cásate conmigo y te llevaré a mi choza, que está allá arriba, en un pico de la montaña. Desde ella se ve mejor brillar las estrellas, y a sus pies se extienden leguas y leguas de terreno cubierto de flores...» *(Cambiando de tono.)* Pero te molesta la luz, ¿verdad? Espera un momento. *(Corre la cortina que da frente al público. Quedan, por consiguiente, ocultas las figuras, pero siguen oyéndose las voces.)*

LUIS. Sigue. ¿Qué más?

CAR. Pues que una noche, ya no en sueños, sino despierta y bien despierta, vió a la luz de la luna detenerse en un claro del bosque una lucida cabalgata de palaciegos y de soldados, y que el que parecía el principal de ellos echaba pie a tierra, y se acercaba a la cabaña, diciendo: «¡Cabecita de pájaro!... ¡Cabecita de pájaro!...»

VOZ DE HOM. *(Dentro, y como un eco.)* ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro!...

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín de palacio con estatuas y fuentes. Luz de mediodía.

ESCENA II

El MAYORDOMO, la CAMARERA y JAZMÍN.

MAY. *(Saliendo.)* ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro!... Ya lo veis, señora; en el jardín no está tampoco. *(Salen la Camarera y Jazmín. Este queda en segundo término.)*

CAM. ¿Y qué queréis que yo le haga?

MAY. Cumplir vuestro deber y no separaros jamás de la princesa. ¿No sabéis que está todavía en estado salvaje y puede darnos un disgusto? Si ahora no parece, cuando la corte entera está esperando para asistir a la boda, vos y yo podemos contarnos colgados de una almena; mejor dicho, de dos almenas, una para cada uno.

CAM. Vos habéis tenido la culpa, señor Mayordomo.

MAY. ¡Yo! ¿Por qué?

CAM. Porque como me habéis encargado que procure domar los instintos montaraces de la princesa, aproveché la ocasión mientras nos llamaban para la ceremonia y empecé a leerla aquel libro de versos que me dísteis. Confieso que no lo pude resistir y me quedé dormida antes de llegar a la segunda página. Cuando desperté me encontré sin ella.

MAY. ¿Y a quién se le ocurre leerle versos a nadie el día de la boda? ¿No comprendéis que ese era el medio mejor para que la entraran ganas de volverse al monte?

JAZ. Aquí viene la princesa.

MAY. ¡Loado sea Dios, que nos la trae a las manos! Nos hemos salvado de la horca.

ESCENA III

Dichos y CABECITA DE PÁJARO.

CAB. *(Que entra brincando alegremente y blandiendo un cazamariposas.)* ¡Ah!, ¿estábais aquí? ¿Buscándome, sin duda?

MAY. Después de haberlo hecho por todo el palacio. ¿A qué habéis salido de vuestro camarín, señora?

CAB. Ya lo veis, a cazar mariposas. ¿Es un delito, acaso?

CAM. Delito, no; pero...

CAB. Pero ¿qué?

MAY. Pero en estos momentos es falta grave. ¿Os parece bien semejante escapatoria cuando el rey y el príncipe os esperan para presentaros a la corte?

CAB. ¿Que me espera el príncipe? ¿A quién se lo contáis? Me trajeron a casarme con él hace ocho días, y ni siquiera ha tenido la curiosidad de ver cómo tengo la cara.

MAY. Porque la etiqueta así lo exige.

CAB. ¡Ah! ¿La etiqueta manda que no se conozcan los novios hasta después de casarse, es decir, hasta que ya no son novios? ¿Y si el príncipe no me gusta a mí ahora?

MAY. Os gustará, forzosamente, puesto que os habéis de unir a él por razón de Estado.

CAB. ¡La razón de Estado! ¡La etiqueta! ¿Sabéis que por esas dos cosas hace ocho días que no puedo vivir a gusto? ¡Si no fuera porque me he pasado la vida soñando con ser la esposa del hijo del rey!

MAY. Vuestro futuro no es el hijo del rey.

CAB. ¿Que no?

MAY. Es su hermano, el heredero de la corona.

CAM. El rey no ha tenido sucesión ni es fácil que la tenga.

CAB. ¿Por qué?

CAM. Porque es viudo.

MAY. Y porque tiene setenta y cuatro años.

CAB. ¿Qué decís?

MAY. Que el rey tiene setenta y cuatro años.

CAB. Y... ¿cuántos le lleva al príncipe?

MAY. Ninguno. El príncipe es el hermano mayor.

CAM. Nació tres años y medio antes que el rey.

CAB. *(Desvaneciéndose.)* ¡Ay... ¡ay!... ¡ay!...

MAY. ¿Qué os pasa, señora?

CAB. Un mareo, un ahogo... No, no es nada. Sin duda la fresa...

MAY. ¡Cómo!, pero ¿habéis comido fresa sin licencia de nadie?

CAM. ¡Ha comido fresa!

MAY. ¡Ha comido fresa! Jazmín, haz que venga el médico a escape.

CAB. ¡No! Jazmín, ¡no! ¡El médico, no!

MAY. ¡Obedece, digo! *(Vase Jazmín.)*

CAB. ¡El médico, no! ¡El médico, no! ¡Que me ha hecho sangrar dos veces desde que vine!

MAY. Porque sería necesario, princesa.

CAB. ¡Ah! ¿También exige la etiqueta que me sangren?

MAY. No; pero vuestra salud es preciosa.

CAB. Mi salud ha sido preciosa siempre.

MAY. Ahora más, porque depende de ella la paz del reino.

CAB. Es que por la paz del reino me va a asesinar ese hombre.

ESCENA IV

Dichos y el MÉDICO.

JAZ. *(Saliendo.)* Aquí los tenéis.

MED. *(Saludando a Cabecita de pájaro.)* Señora...

CAB. Sí; aquí nos tenéis, pero no hacéis ninguna falta. Ya estoy buena del todo.

MED. Eso creeréis, pero habéis comido fresa, y la fresa en este tiempo suele ocasionar alteraciones de humores, que trae consigo calenturas malignas.

CAB. ¡Dios mío! ¡Ya habla de humores! ¡Me sangra!

MED. No es preciso tanto. Lo que sí hay que hacer, sin pérdida de tiempo, es aplicaros al pecho un emplasto de rabos de lagartijas, a la espalda un parche de pez y a los tobillos dos sinapismos fuertes. Y todo ello sobre la marcha.

CAB. ¡Cómo! ¿Y me voy a casar con los sinapismos y los parches? ¡Prefiero la sangría!

MED. La sangría vendrá después, cuando los humores se hayan depositado en los sitios adonde los tópicos los llamen.

CAB. ¡Si ya decía yo que no me escapaba!

JAZ. El príncipe llega.

CAB. ¡Ah!, ¡qué a tiempo! ¿Sabéis lo que voy a pedirle como regalo de boda? ¡La cabeza de este hombre!

CAM. ¡Vedle, princesa! ¿Qué gallardo mancebo podrá comparársele? *(Aparece el príncipe, seguido de dos cortesanos.)*

CAB. ¡Ninguno! ¡No puede comparársele ninguno!

ESCENA V

Dichos, el PRÍNCIPE y dos CORTESANOS.

MAY. y CAM. *(Saludando.)* Señor...

PRIN. *(Saludando a Cabecita de pájaro.)* Señora...

CAM. Inclinaos ante el príncipe, princesa. La etiqueta lo ige.

CAB. *(Aparte.)* (La etiqueta exige que me case con mi bis-uelo.)

PRIN. Estábamos intranquilos por vuestra tardanza. Ya los rtesanos murmuraban de vos, y claro está que de mí, cuando egó la noticia de vuestra repentina enfermedad... Veo que, por rtuna, todo ha pasado, y que estáis dispuesta para la solemne remonia que ha de hacernos el uno del otro.

CAB. ¿Dispuesta? La verdad es que no estoy muy dispuesta ue digamos.

PRIN. ¿Qué decís?

CAB. Que... que todavía siento una pesadumbre en el pecho... No se podría dejar para otro día el sacrificio?

PRIN. ¿El sacrificio de quién, princesa?

CAB. El... el vuestro. Es la primera vez que me veis, no me abéis tratado, no conocéis mi carácter... ¿No teméis que una ampesina zafia como yo, os haga, sin querer, desgraciado?

PRIN. No puedo temerlo. Los más sabios maestros se en-argarán de desbastaros y pulíros enseñándoos religión, mate-náticas y astronomía.

CAB. ¿Qué decís, alteza? Pero ¿ahora tendré que aplicarme los libros? Pues entre ellos y el médico acabarán con mi vida n un abrir y cerrar de ojos.

PRIN. Y además, para que mi felicidad no peligre, en cuan-o terminen las fiestas de nuestro casamiento, os recluiréis en uestro camarín y no saldréis de él si no es para la sepultura. Así lo disponen las leyes del reino.

CAB. ¡Oh, qué sabias leyes! ¿De modo que no podré ha-er cuanto me plazca ni mandar en mis súbditos?

PRIN. Eso, sí; mandaréis cuanto quisiéreis y seréis obede-ida.

CAB. Menos mal.

PRIN. Siempre que vuestras órdenes estén de acuerdo con el parecer de vuestra camarera mayor, del mayordomo de palacio, del Consejo de nobles y de vuestro real esposo.

CAB. ¿Nada más?

PRIN. Nada más.

CAB. Y... ¿por qué me habéis escogido por esposa, habiendo, como habrá, tantas hermosas damas en la corte?

PRIN. No os escogí yo. Fué la razón de Estado.

CAB. Ya está aquí la razón de Estado. ¿Queréis decirme qué razón es ésa?

PRIN. Pero ¿no lo sabéis aún? El rey vuestro padre...

CAB. ¡Cómo!, pero ¿soy hija de vuestro hermano y sobrina vuestra?

PRIN. No. Vuestro padre fué el antecesor de mi hermano Sois hija de él y de una pastora, y vuestro nacimiento, como podéis suponer, produjo grande escándalo... Tanto, que mi hermano, al frente de los descontentos, arrojó del trono a vuestro padre, encarceló de por vida a vuestra madre y os abandonó en la montaña.

CAB. ¡Qué historia tan bonita!

PRIN. Pero el rey vencido, que ya ha muerto, tenía también sus partidarios, que amenazaron con una guerra civil. Para evitarla ha sido preciso que os dé su mano el heredero de la corona... ¿Comprendéis que os haya escogido a vos y no a otra alguna?

CAB. Lo que comprendo es... que soy muy desgraciada.

PRIN. ¿Por qué?

CAB. Porque seguirán persiguiéndome los enemigos de mi padre.

PRIN. No temáis. Cuando se anunció nuestra boda se alzaron en armas y han sido todos pasados a cuchillo, con harta pena de mi hermano, puesto que ellos fueron los que le elevaron al trono.

CAB. ¡Qué horror! ¿De modo que mi casamiento ha costado ya la vida a muchos hombres? ¡Y yo que me entretenía en comer fresas y cazar mariposas!

PRIN. Es la política de los Estados, princesa.

MAY. Con todo respeto advierto al príncipe que la Corte estará impaciente por su tardanza.

PRIN. Es verdad. Seguidme. No os conduzco de la mano, señora, porque la etiqueta lo prohibe. Vamos. *(Vanse el Príncipe y los dos cortesanos.)*

CAB. Yo no le sigo.

CAM. ¿Qué decís?

CAB. Que no le sigo. No quiero que haya más guerras por mi causa ni pasarme la vida enjaulada como un jilguero.

MAY. ¡Ved a lo que nos exponemos todos!

CAB. ¿Y a mí qué me importa? *(Mientras cuchichean el Médico y la Camarera, Jazmín se acerca a la princesa y la habla aparte.)*

JAZ. Cabecita de pájaro, id y no temáis nada, que yo estoy aquí para salvaros.

CAB. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Quién eres?

JAZ. Silencio. Esta tarde, en la cacería, procurad apartaros de la comitiva y perderos en el bosque.

CAB. ¿Y me salvaré con eso?

JAZ. Os salvaréis, yo os lo aseguro.

CAB. *(A los otros.)* Guiad, amigos. Tenéis razón. Debo sacrificarme por vosotros.

MAY. *(Aparte.)* (Pronto se ha convencido.)
MED. *(Idem.)* (Es sospechoso este cambio.)
CAM. *(Idem.)* (Algo medita.) *(Vanse todos. Cabecita de pájaro vuelve de pronto al lado de Jazmín.)*
CAB. ¡Que no se os olvide salvarme!
JAZ. Descuidad.
CAM. *(Dentro.)* ¡Princesa!
CAB. Voy, voy. *(Medio mutis. Torna a acercarse a Jazmín de nuevo.)* Que me pierdo, ¿eh? ¡Que estoy decidida a perderme! *(Vase corriendo.)*
JAZ. *(Contemplándola desde el fondo.)* ¡Cabecita de pájaro! ¡Cabecita de pájaro!...

MUTACION

(Durante ella se oyen dentro, a distancias distintas, trompas y cuernos de caza.)

CUADRO TERCERO

Bosque espeso. Es de noche. Luz de luna.

ESCENA VI

JAZMÍN, que sale con precaución escudriñando la selva en todas direcciones. En seguida, ANTÓN.

ANT. *(Dentro.)* ¡Señor Jazmín! ¡Señor Jazmín!
JAZ. ¡Eh! ¿Quién me llama?
ANT. *(Saliendo.)* Soy yo, señor Jazmín; ¿qué hacéis por aquí solo? ¿Os habéis extraviado en la selva?
JAZ. No puedo extraviarme de día ni de noche. La conozco a palmos.
ANT. Ya lo creo que la conocéis. No os pasa lo mismo conmigo, ¿verdad? Pues yo sí que os conozco.
JAZ. Buen provecho os haga, y seguid vuestro camino.
ANT. Sí; lo seguiré, lo seguiré. Cuidad vos de no tropezar en el vuestro. *(Medio mutis.)* ¿Sabéis por qué sonaban esas trompas? La cacería debe de haberse acabado, puesto que hace tiempo que he visto a los monteros retirarse hacia el valle.
JAZ. No lo sé. Se llamarían para unirse al rey.
ANT. ¿Y no será porque os habrán echado de menos y harán sonar las bocinas para orientaros?

JAZ. Dejadme en paz. ¿No os digo que no puedo extraviarme?

ANT. Es verdad; vos, no, y lo saben todos de seguro. Pero ¿no podrá haberse extraviado alguna otra persona de la comitiva? ¡Hay tan pocos senderos y los matorrales son tan intrincados! ¿No os parece, señor Jazmín? ¡Y es tan fácil perder la cabeza persiguiendo a un jabalí o a un corzo! Yo he sido cazador en mi juventud y sé lo que es eso.

JAZ. Pero ¿no veis que no puedo contestaros porque no sé nada?

ANT. Pajecillo de la princesa, ¿no será a vuestra señora a quien buscan? Ella es tan atolondrada y tan atrevida, que bien pudiera haberse alejado demasiado del acompañamiento.

JAZ. ¿Por qué lo decís?

ANT. Porque os conozco demasiado, pajecillo de la princesa, y adivino vuestras intenciones. Por algo habrá entrado en palacio el gallardo pastorcillo de la montaña.

JAZ. ¡Sois brujo, sin duda!

ANT. Lo seré si hace falta, para defender y amparar a Cabecita de pájaro contra todos y contra todo. ¡Tened cuidado con mis hechizos, señor Jazmín, tened mucho cuidado!

JAZ. ¡Id, y que el diablo os lleve! *(Vase.)*

ESCENA VII

ANTÓN, MAYORDOMO MAYOR, CAMARERA y MÉDICO.

ANT. A ti, a ti es a quien llevará de seguro por traidor, imprudente y ambicioso.

CAM. *(Saliendo.)* ¡Ah! Aquí hay un hombre.

MAY. Decid, buen viejo, ¿hace mucho tiempo que andáis por el bosque?

ANT. Sí; mucho tiempo. Desde antes de ponerse el sol.

MED. ¿Y no habéis visto a una dama que debe de recorrerle como una loca sin poder encontrar la salida?

ANT. A una dama, no. Con quien topé en este mismo sitio fué con un paje, que se marchó cuando veníais.

MAY. Sin duda, andará buscándola también. El paje no nos importa.

ANT. A mí, sí; a mí sí que me importa el paje. La dama de quien habláis, ¿es acaso la princesa?

MAY. La princesa es, y por su desaparición nos esperan los calabozos de palacio, de donde no se sale nunca.

CAM. O el cáñamo, que no permite la vuelta.

MED. O el hacha y el tajo, que tampoco dejan lugar a la esperanza.

ANT. ¿Tan duro será vuestro castigo?

CAM. Y con razón, que los tres estábamos encargados de su guarda.

MED. Con orden de no separarnos de ella un solo instante.

MAY. Pero ya veis cómo ella se ha separado de nosotros.

ANT. ¡Es tan loca la pobre princesa!

MAY. ¿La conocéis, acaso?

ANT. Mucho, mucho que la conozco. Como que sin mí no tendría tal esposa el Príncipe.

MAY. ¡Ah! ¿Sois vos el pastor que la encontró abandonada?

ANT. Yo soy el que la recogió sin saber quién era; el que procuró en vano hacerla amar la paz y la quietud de nuestra choza, y el que lloró amargamente cuando me abandonó sin pena para realizar sus sueños de cabecita loca. *(Las trompas y bocinas vuelven a oírse dentro.)*

MED. Suenan las trompas otra vez. Eso prueba que no ha parecido todavía.

MAY. Ayudadnos a buscarla.

ANT. ¿Para qué? Dejadla, dejadla que cumpla su destino... Yo he leído en las estrellas que volverá a mis brazos y que sólo entonces podrá ser feliz, cuando haya probado las amarguras del mundo. Que más dichoso que el que nunca conoció el mal, es el que pierde la felicidad y torna a recobrarla.

MAY. Pero figuraos, buen viejo, lo que va a ser de nosotros si no la encontramos.

CAM. O si la encontramos herida por alguna feroz alimaña del bosque.

MED. ¡Oh!, por eso no os apuréis. He descubierto un bálsamo que cura las heridas con sólo tocarlas.

CAM. No me fío de vuestro bálsamo.

MAY. Sobre que no lo traeréis encima y no os darán tiempo de aplicarle.

ANT. Venid, me dais compasión. Registraremos todos los escondrijos de la selva.

CAM. Gracias, gracias, buen viejo. ¡Salvadla dos veces!

MED. Y salvadnos a nosotros siquiera una. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

CABECITA DE PÁJARO. En seguida JAZMÍN.

CAB. *(Saliendo por el otro lado.)* Sí, sí; registrad, registrad... Al palacio no vuelvo. Si Jazmín no parece, prefiero que me devoren las fieras a que me devore la razón de Estado.

JAZ. *(Apareciendo.)* ¡Chist! Princesa.

CAB. ¡Ah! Jazmín; ve que me buscan y acabarán por encontrarme. Sálvame, como me prometiste, pajecillo.

JAZ. No, princesa; ya no puedo engañaros. Os salvaré, pero no soy Jazmín ni soy vuestro paje.

CAB. ¿Quién eres, entonces?

JAZ. Soy un pastor; un humilde pastor que te ama desde que alegrabas las praderas apacentando tu rebaño. Soy la libertad, que te espera en los picachos de la sierra cubiertos de nieve.

CAB. ¡El zagal de mis sueños! Sí; huyamos, huyamos. La corte me ahoga y el palacio es una cárcel.

JAZ. Soy el amor, que te trae la felicidad de la vida.

CAB. ¡Vámonos lejos, lejos!...

JAZ. Cabecita de Pájaro, ven conmigo y te llevaré a mi cabaña, que está allá arriba, en lo más alto del monte. Desde ella se ve mejor brillar las estrellas y a sus pies se extienden leguas y leguas de terreno cubierto de flores... *(Vanse lentamente. Suenan de nuevo bocinas y trompas.)*

MUTACION

CUADRO CUARTO

La misma decoración del primero.

ESCENA IX

CARLOTA.—LUISITA.

Al callar las trompas vuelve a sonar la orquesta, que toca otro vals. El diálogo empieza, como la otra vez, al cabo de un rato, sin descorrerse la cortina.

LUIS. Y ¿qué más?

CAR. Pero ¿no te has dormido todavía?

LUIS. Casi, casi. Sigue, sigue otro poco. ¿Qué más?

CAR. Pues aquella noche el paje y la princesa vagaron por el bosque sin que los cortesanos dieran con ellos. ¡Figúrate cómo estarían al día siguiente el rey viejo y el príncipe, más viejo que el rey, y el susto que se llevarían los acompañantes!... Conque ello fué que cuando Jazmín se puso sus vestidos de pastor y la princesa quedó convertida en aldeana...

MUTACION

CUADRO QUINTO

Cocina de la casa de un labrador rico. Chimenea de campana. Arden grandes troncos sobre el hogar y pende sobre ellos el caldero clásico.

ESCENA X

BLAS, arrellanado en un sillón de cuero junto a la chimenea. En seguida, BRITO y DOMINGA.

BLAS. Entre, entre quien sea. La puerta de mi casa está abierta para todos de día y de noche.

BRITO. *(Saliendo.)* Con licencia, señor amo.

DOM. *(Idem.)* Con licencia.

BLAS. ¡Hola! ¿Sois vosotros? ¿Y a estas horas? ¡Caras de malas nuevas tenéis!

BRITO. No son buenas las que traemos.

BLAS. ¿Enfermó el rapaz o está peor tu madre, Dominga?

DOM. Gracias a Dios están todos bien. El daño que venimos a contar es cosa del señor amo.

BLAS. No será tanto que no pueda remediarse, si no es de muerte.

BRITO. De muerte de persona no es; pero el lobo bajó anoche y se llevó tres corderos.

DOM. Y el choto más hermoso se perniquebró esta mañana al saltar un regato.

BRITO. Y el asno que comprásteis hace un mes..., ¡ha amanecido muerto!

DOM. Y en esta última semana han dejado de acudir al palomar más de dos docenas de palomas.

BLAS. ¡Muchas calamidades juntas son!

BRITO. Por eso hemos venido, porque son muchas calamidades juntas, y ello cosa de brujería parece.

DOM. Lo es, Brito, lo es; y en el lugar todos lo saben.

BLAS. ¿Qué es lo que saben en el lugar?

DOM. Díselo, Brito.

BRITO. Díselo tú, que eres más mañosa para contar cuentos.

DOM. Pues..., ya sabe el señor amo que Leandro el pastor, que tiene la choza en el pico de Miracielos, desapareció de la noche a la mañana.

BLAS. Abandonándome el ganado, ya lo sé.

DOM. Y ya sabe que volvió con una zagala que se había criado a la otra parte del monte, en la cabaña de Antón el Viejo.

BLAS. Eso no lo sabía. Sigue.

DOM. Pues... dicen que esa zagala no es lo que parece, sino la hija bastarda de un rey, que la llevó a la corte para casarla con el príncipe; pero allí la tomó el demonio, y por su causa hubo peste y guerras y quema de pueblos y muerte de hombres, por lo cual ella tuvo que escaparse con el pastor que había llevado de paje, y el rey los maldijo a ella y a él y a todas las tierras y lugares donde estuvieren.

BLAS. Pero eso ¿es verdad?

BRITO. ¿Que si es verdad? Desde que vinieron a la choza los frutos se pudren en los silos. los cobertizos se hunden por la noche sobre los rebaños y los lobos bajan de la sierra en manadas... ¡La maldición ha caído sobre nosotros, señor amo!

BLAS. ¿Y por qué no habéis avisado al señor abad?

BRITO. Porque no nos parece buen remedio el de los conjuros. Si el diablo sale del cuerpo de la zagala y queda suelto por el valle..., es seguro que saldremos perdiendo. Mejor será que el señor amo acuda a la justicia, que, para librarnos del enemigo, más confianza que en los latines del señor abad tenemos todos en un buen calabozo con cadenas.

BLAS. ¿Y por qué no habéis acudido vosotros?

BRITO. Porque somos pobres, y la justicia, dado que nos atendiera de buena voluntad, tardaría tanto en la sentencia que ya no quedaría casa en pie ni res con vida en estos contornos.

ESCENA XI

Dichos y GILDA.

GIL. *(Dentro.)* No entre, madre; no entre. Yo entraré sola. *(Saliendo.)* ¡Ay, señor amo!

BLAS. ¿Qué es eso, Gilda? ¿Qué te pasa?

GIL. Una desgracia grande; que padre está muy malo y creo que se muere.

BLAS. ¿Le dió alguna congoja?

GIL. No le dió tal, sino que estando en la parte baja de la torrentera labrando una tierra del señor amo, vino de pronto de lo alto de la montaña una bola de nieve que cegó el cauce y echó fuera el agua del torrente. Cogió a padre desprevenido y le hizo rodar por la ladera. Magullado tiene el cuerpo por los guijarros, pero no es eso lo peor, sino que ha perdido los sentidos y no mueve pie ni mano a causa del susto.

BLAS. ¿Y qué quieres que yo le haga, mujer?

GIL. Castigar a quien tiene la culpa.

BLAS. ¿Quién es?

GIL. ¿Quién ha de ser, señor amo? La que tiene la culpa de todos los males de la comarca. La zagala de la choza de Miracielos.

BLAS. También tú crees...

GIL. Cuando se desplomó la nieve ella acababa de pasar por el sendero alto de la torrentera.

BLAS. Pues mira, díselo a quien puede responder. Aquí está el pastor que la trajo.

ESCENA XII

Dichos y JAZMÍN (de pastor).

JAZ. Con licencia.

DOM. y GIL. *(Aterradas y haciendo la señal de la cruz.)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Abrenuncio! ¡Abrenuncio! *(Huyen. Brito se esconde tras el sillón de cuero y lo alza a la altura de la cabeza por cubrirse.)*

BLAS. No temáis nada.

BRITO. *(Huyendo también y llevándose el sillón.)* ¡Aparta, aparta, criado del demonio!

JAZ. ¿Por qué huyen? ¿Por qué temen?

BLAS. Tú sabrás si tienen razón.

JAZ. Ninguna, señor amo.

BLAS. Dicen que la mujer que trajiste contigo está maldita y que el diablo vive en ella.

JAZ. Consejas de gente ruin y miedosa.

BLAS. ¿Y si no lo fueran?

JAZ. Lo son, señor amo. Pero por ellas no encuentro dónde ganar mi pan ni hogar en que calentar mi cuerpo. Todos huyen de mí como de un apestado y nadie quiere poner en mis manos la cayada para guardar los corderos ni el pico para labrar la tierra.

BLAS. ¿Por qué te fuiste? ¿Quién es esa mujer? ¿Es tu amor acaso?

JAZ. No es mi amor; es mi venganza.

BLAS. ¿Qué dices?

JAZ. Que yo no he sido pastor nunca. Cuando me entregaste tu rebaño no sabías a quién se lo entregabas. ¿No has conocido en mi apostura y en mis ademanes que no nací villano? El rey usurpador hizo matar a mi padre y yo pude huir de la corte disfrazado de zagal, jurando vengarme como pudiera. Sabía dónde y cómo estaba la hija bastarda del rey destronado, y, comprendiendo que ella con el tiempo podría servirme de mucho, seguí sus pasos todos mientras fingía apacentar tus ovejas. Cuando la llevaron a la corte para evitar la guerra casándola con el príncipe, yo me presenté también y fuí su paje, y el mismo día en que se celebraron las bodas la cegué de amor y se la robé al esposo, para que el reino entero creyera que la desaparición de la princesa era un castigo de las buenas hadas y se alzara en armas contra los usurpadores. Así ha sido y allá voy, a cambiar el sayo del zagal por los arreos de guerra y a vengar a mi padre.

BLAS. Pero ¿y la pobre niña?

JAZ. Lástima la tengo, pero más me estorba que me ayuda. Forzoso me es abandonarla, y a eso venía: a pedirte para ella protección y ayuda.

BLAS. No; no puede ser, ¡infeliz! Por tocada de hechicer la tienen, y todas las pruebas del mundo no bastarán a desh cer esa mentira. Si yo la amparase me vería como tú te v ahora... ¡No! ¡No puede ser! ¡Llévala contigo!

JAZ. ¿Conmigo? ¿Para que pudiera caer en manos del Prí cipe y se deshiciera el cuento de las buenas hadas? ¡No me creá tan simple! ¡Con Dios quedad y haced lo que se os antoje! (*Vasé*

BLAS. Pero escucha... ¡Maldito afán de la venganza, q todo lo rompe y todo lo seca!... ¡Leandro!... Escucha, agua da... (*Vase tras él.*)

MUTACION

CUADRO SEXTO

Sierra cubierta de nieve. Lejos, y al final de un sendero, se v una choza de pastor. En primer término de este sendero, ur piedra tosca que sirve de asiento.

ESCENA XIII

CABECITA DE PÁJARO, de pastora, sentada en la piedra. Después, sucesivamente, GILDA, DOMINGA y BRITO.

CAB. Mucho tarda Jazmín. Cada vez que me deja tarda má en volver. ¡Ah!, esta buena aldeana podrá socorrerme.

GIL. (*Saliendo y viéndola.*) ¡Jesús! (*Intenta volverse atrás.*

CAB. No huyas, por Dios.

GIL. Pues aparta y déjame pasar, ya que no podré remedia la desgracia que me espera por haberte visto.

CAB. ¿Qué dices, mujer? La desgraciada soy yo, que aguar daba el paso de una buena alma por este sendero para pedirla u pedazo de pan o un puñado de higos con que saciar el hambre

GIL. ¡Ah!, ¿tienes hambre? ¡Y quieres que te socorra! ¿N sabes que está maldito el que te ampare y ayude?

CAB. ¿A mí? ¿Por qué, si nunca hice mal?

GIL. ¡Nunca! ¡Y por tu causa se me está muriendo padre

CAB. ¡Por mi causa!

GIL. ¡Aparta, aparta! ¡Jesús, Jesús! (*Cruza rápidamente l escena y vase, poniendo los dedos en cruz.*)

CAB. ¿Qué es esto? ¿Qué creen de mí estas buenas gentes ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me despedazaron las fieras e el bosque? ¡Y Jazmín que no llega! (*Salen Dominga y Brito.*

BRITO. Espera, Dominga; yo pasaré delante. Si intenta ha cernos mal la tiraré al barranco.

DOM. Ten cuidado, Brito.

CAB. Pasad sin miedo, pastores. Pero dadme por caridad alg que comer, que me muero de hambre. ¡La princesa Cabecita d pájaro se muere de hambre!

BRITO. ¡Que te alimente el diablo, tu señor! Corre, corre, ominga.

DOM. ¡Abrenuncio, abrenuncio! *(Vanse corriendo.)*

CAB. Huyen, me abandonan, me temen..., ¡me hacen la se- al de la Cruz, como al diablo! *(Vuelve a sentarse.)* ¡Mi sue- o del gallardo zagal también era mentira! *(Queda pensativa triste con la cabeza entre las manos. Por eso no ve a Jazmín, ue llega y la contempla un momento.)*

ESCENA XIV

CABECITA DE PÁJARO y JAZMÍN.

JAZ. Cabecita de pájaro, ¿me esperabas?

CAB. ¡Ah, Jazmín! Sí; te esperaba. Siempre te espero... Sálvame otra vez de la desesperación y de la muerte, pajecillo de a princesa! ¡Tu amor me queda nada más en esta soledad del lma y en esta fatiga del cuerpo!

JAZ. Sí; mi amor te queda nada más. Pero...

CAB. Pero ¿qué? Habla.

JAZ. Que es preciso que nos separemos para siempre; que o también, partiéndoseme el corazón, tengo que abandonarte.

CAB. ¿Que es preciso? ¿También aquí para el amor hay ra- ón de Estado?

JAZ. Razón de la necesidad, que es más fuerte que todo. Nuestra aventura me cierra todas las puertas; pobres y ricos me echazan... ¡No puedo traerte ni una migaja de pan de maíz ni na manzana caída del árbol.

CAB. ¿Y eso qué importa? Vivirán nuestras almas sobre la lfombra de flores de los prados, contemplando el brillo de las strellitas del cielo; ¿no era eso lo que me decías?

JAZ. Cabecita de pájaro, con las estrellitas y las flores no se ive... ¡El amor no resiste a la miseria!

CAB. Pajecillo de la princesa, ¡por que no será amor!... Aho- a soy yo la que te rechaza y te manda que te alejes. Siento que orre por mis venas la sangre de mi padre, y de veras me pesa aber dado oídos a palabras de villano.

JAZ. Atiende, escucha...

ESCENA XV

Dichos y ANTÓN.

ANT. Cabecita de pájaro, no le escuches ni atiendas.

CAB. ¡Ah!, mi viejo Antón.

ANT. Sí; tu Antón el viejo, que perdonó tu ingratitud y no e abandonó nunca.

CAB. Sostenme, padre, que me muero.

ANT. No te morirás, ahora que la felicidad te espera. *(A Jazmín.)* Pastor Leandro, paje Jazmín, hijo del chambelán del rey, aquí ha concluído tu misión maldita. ¡Ve a vengar a tu padre!

JAZ. Oídme antes.

ANT. No oímos nada. Vete. No faltará quien, andando el tiempo, vengue también en ti la desgracia de Cabecita de pájaro. *(Vase Jazmín, cabizbajo y mohino.)* Y tú, pobre niña, vuelve conmigo a la cabaña de donde te sacaron los hados para convencerte del embuste de los sueños de amor y de gloria. Mentira son los esplendores del trono; falsa es también la sencillez tranquila de los campos. Sanguinarios, crueles y ambiciosos son los de arriba; ignorantes, duros y egoístas son los de abajo... Sólo en los brazos del viejo Antón, que te crió con leche de sus ovejas, encontrarás la paz del alma, para que no vuelvas a creer en los príncipes que se casan con las pastoras ni en los pastores que se mueren de amor por las princesas... Vamos, vamos a nuestra cabaña, Cabecita de pájaro. *(Vanse lentamente. Dentro y abajo vuelve a tocar la orquesta, que continúa hasta el final de la obra.)*

MUTACION

CUADRO SÉPTIMO

La misma decoración del primero.

ESCENA XVI

CARLOTA y LUISA.

CAR. *(Descorriendo la cortina que da frente al público.)* Y colorín colorao, el cuento se ha acabao. Eso es lo que la pasó a la pobre princesita abandonada por el rey y recogida por el pastor viejo.

LUIS. Me lo volverás a contar mañana, ¿verdad?

CAR. Sí; pero con la condición de que te duermas en seguida.

LUIS. Si no puedo, mamá; ¿no ves que no se callan los músicos?

CAR. ¡Ay, hija! Es que para los que no trabajan ni pelean, para los que desconocen las luchas de los poderosos y la miseria de los humildes, esa música está sonando siempre, siempre, siempre...

TELÓN

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26
Apartado 8.036.
MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00
Pedro Muñoz Seca y **Pedro Pérez Fernández:** Los extremeños se tocan	5,00
Honorio Maura: Julieta compra un hijo	5,00
José Francés: Rostros en la niebla	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID